

# EL ISLAMISMO EN TÚNEZ

Leopoldo García García  
*General de brigada.*

## Introducción

En Túnez, las circunstancias de la formación y de la inserción a continuación de la corriente islamista, llegó a ser más evidente que en el resto del Magreb.

La importancia de la corriente y su fuerte estructura, junto a la estrategia legalista de su principal componente y, por último, la importancia y la eficacia de la represión policial de que fue objeto, todo contribuyó a darle una relativa transparencia que no había existido ni en Argelia, ni en Libia. El Movimiento de Tendencia Islámica (MTI) fue el primero que se creó en el Magreb, mientras que, a nivel árabe, fue el movimiento islámico egipcio el primero que vio la luz. Por esta razón se puede decir que, esta preexistencia confirió al movimiento en Túnez una cierta cualidad de ejemplaridad, tanto a los ojos de los observadores exteriores, como a los de los actores políticos de la región.

El carácter específico del movimiento en Túnez se vio reforzado por el grado de falta de cultura, que produjo el islamismo en el Magreb, que fue más intenso en el campo lingüístico, que lo había sido en el Macrek. Como renovadores de la cultura francesa, los islamistas tunecinos fueron los primeros en añadir una nueva tendencia a la corriente oriental, que se había formado principalmente en Egipto y Sudán, como una reacción contra la influencia cultural anglosajona.

Durante la lucha nacional por la independencia, el islam, al lado de otras ideologías laicas —panarabismo, nacionalismo tercermundista, etc.— contribuyó a la organización de la resistencia. El *Neo-Destur*, dirigido por una elite formada en la escuela europea, propugnaba la modernización de la sociedad y ponía el acento sobre la lucha contra el subdesarrollo. La fracción de la elite nacionalista que había tomado el poder era modernista, liberal y reformista. El islam institucional había perdido políticamente la baza que había tenido durante la época colonial. La fase que va a seguir estará marcada por la toma del poder por el *Neo-Destur* y la eliminación de todos los concurrentes. El partido de Bourguiba, que ha llevado el sólo las negociaciones con Francia para la independencia, va a hacerse progresivamente con todo el poder. Para Salah Eddine Jurchi, uno de los fundadores del MTI y posteriormente, militante de la tendencia reformista de los Islamistas Progresistas

«No hay nada extraño en que una nación trate de tomar el control de otra. Lo que es extraño es que la nación que es invadida, acepte y bendiga esta ocupación y ponga toda su energía en hacerla más profunda y en ayudarla a apoderarse de sus raíces.»

Por su parte, Azziz Krichen, en su obra: *La Tunisie du Présent: une modernité au-dessus de tout soupçon*, señala:

«La ironía de la Historia es que fue la elite bilingüe y bicultural de las ciudades, que el colonialismo trató de conquistar, la que dirigió la lucha por la independencia; pero la verdadera ironía es que la moderna inteligencia que fue capaz de luchar contra la dominación francesa a nivel político, se convirtió en el mayor defensor de la continuidad hegemónica a nivel cultural y lingüístico. La elite bilingüe presentó y representa ella misma, un injerto de éxito, una síntesis armoniosa de elementos civilizadores de oposición; en realidad, en la intimidad de su ser, fue espiritualmente sumisa a los valores occidentales: se interiorizaba su inferioridad y la superioridad de los otros.»

En el campo abonado del laicismo de Burguiba, el periodo de gestación del islamismo tunecino se inició durante un periodo de general desencanto que, una vez que pasó el periodo de embriaguez producido por la independencia, marcó el final de los años sesenta. El sistema histórico en Túnez, más que en otra parte, fue de «un final por las certezas». El abandono brutal de los experimentos de socialización del régimen en el año 1963, ampliados por la confusión ideológica de los intelectuales, que vino determinada tanto por la derrota de Nasser, como por el aumento de los problemas del mismo Occidente, cuya fachada de seguridad parecía estar rompiéndose en el mes de mayo de 1968. La aparición política de los islamistas no fue considerada, en principio, como generadora de una fuerza de oposición. La acción política estaba dirigida en aquellos tiempos contra la izquierda marxista, que se oponía al régimen. Los islamistas habían incluso compartido con el régimen una cierta animosidad, contra la unión de los movimientos de izquierda en la universidad y, más tarde, sobre amplios aspectos de la política educativa de Mohamed M'Zali.

Fue la experiencia de Khomeini y el incremento del poder del movimiento en las universidades, lo que alteró el equilibrio inicial, de forma que a primeros de los años ochenta, los islamistas y los burguibistas empezaron a identificarse como fuerzas políticas opuestas en la escena nacional.

Según Ahmida Enneifer, uno de los líderes islamistas tunecinos:

«En Túnez fue la salida de Bensalah y el abandono de la experiencia socialista lo que sucede primero. La ruptura de este experimento fue brutal. El ministro fue procesado, pero el resultado más importante fue que un cierto número de jóvenes vio que el mismo Gobierno podía ser de izquierdas y luego, bruscamente cambiar a una tendencia que era resueltamente liberal. Muchos jóvenes estuvieron completamente desorientados. No podían comprender los planes del Gobierno. Y este cambio repercutió también en el Gobierno tunecino, ya que el partido en el poder había insistido con fuerza en el hecho de que tenía un programa para construir un Estado moderno. Nos dimos cuenta de que lo que había sucedido no era precisamente un cambio del Gobierno, sino la prueba de que verdaderamente no había plan. La inquietud no era política, sino mucho más amplia. No sabíamos adonde íbamos. Aquellos que se unieron a las filas de los islamistas, fueron los que se dieron cuenta de que no sabían a que agarrarse, que no estaban ni a la derecha, ni a la izquierda, que se encontraban desarraigados. Todos aquellos que habían venido del campo a la ciudad y para los que no había plan, no sabían como identificarse.»

«A este choque nacional había que añadir también lo que sucedió en Francia en el año 1968 [...]. La pregunta que se suscitaba era si Occidente estaba a la cabeza [...]. Cuando llegué a París, pensé que encontraría un país en el que los problemas se

habían establecido con claridad [...] y descubrí el mismo desarraigo intelectual que teníamos en casa [...] Occidente, él mismo, estaba pasando por un peligroso periodo de reflexión general en su estilo de vida...» «La tercera cosa que puede ayudar a entender el nacimiento del movimiento en Túnez es la derrota del año 1967, en la que se ha llamado la guerra de los Seis Días. Y fue en ese momento, cuando un cierto número de intelectuales, incluyendo Ghannuchi y yo mismo, empezamos a encontrarnos. Muy pronto el problema de la religión empezó a manifestarse con insistencia. No podíamos escaparnos. Ni las tesis de los árabes, ni las de los nacionalistas tunecinos, con tendencia hacia los socialistas, podían proporcionarnos una respuesta; ni podía Occidente, que durante largo tiempo había aparecido ante nosotros como poseedor de ciertas soluciones.»

## **Evolución y desarrollo**

En la evolución del movimiento islamista tunecino se pueden distinguir cuatro grandes etapas:

1. La primera corresponde al periodo anterior a 1978 y es la etapa del trabajo doctrinal en el interior de la mezquita, a imagen y semejanza de los Hermanos Musulmanes egipcios de la misma época.
2. La segunda etapa se desarrolla entre los años 1978 y 1984, periodo en el que se produce una interacción intensa con las otras corrientes ideológicas del país, favorecida tanto por la necesidad de crear un movimiento de solidaridad con la dirección encarcelada, como por el descubrimiento del discurso igualitario de los inicios de la revolución iraní.
3. La tercera etapa se extiende desde agosto de 1984 —fecha de la salida de prisión de los fundadores del MTI—, hasta el 7 de noviembre de 1987, y consagra el fin de la etapa revolucionaria del movimiento y el inicio de la fase propiamente política.
4. La última etapa se inicia con el golpe de Estado del general Ben Alí en noviembre de 1987 y se prolonga hasta la actualidad. En ella se combinan los contactos indirectos entre Gobierno e islamismo, para obtener su reconocimiento legal, con los periodos de fuerte represión del movimiento.

### *Primera etapa. Periodo anterior al año 1978*

Burguiba se había mostrado particularmente sensible a los temas religiosos desde su juventud y así, conviene señalar su posición ante la celebración, en el año 1930, del Congreso Eucarístico de Cartago, que presentaba la voluntad de reconstitución de la antigua África del Norte cristiana. De igual manera, siente como una amenaza directa, la instalación a la entrada del casco antiguo de Túnez, de una estatua del cardenal Lavignerie, con la cruz arzobispal entre las manos y plantada sobre el territorio africano. Desde el momento de la independencia, año 1956, el nuevo poder tunecino apunta a la construcción de un Estado moderno, inspirado en el modelo francés. Esta construcción del nuevo Estado va a determinar que se adopten una serie de reformas en varios campos: político, social, pedagógico, judicial, administrativo y especialmente en el campo religioso. Así, el día 2 de marzo del año 1956, el régimen tunecino abolió el sistema del *habús* (legados piadosos y bienes inalienables). Esta constitución de bienes, en beneficio de obras con finalidad pia-

dosa o caritativa, que había llegado a ser un modo particular de explotación del suelo, será considerado como un freno al desarrollo económico del país. Un decreto del día 31 de mayo de 1956, al mismo tiempo que liquidaba la administración de este tipo de bienes, la *djemaia* del *habús*, prohibía toda constitución nueva de *habús* públicos y transfería los existentes al Estado. Un año más tarde, una ley del 18 de julio de 1957 suprimía los *habús* privados y regulaba su liquidación por medio de una distribución entre los derechohabientes.

El día 3 de agosto de 1956, se suprimían los *Majlis Chari'iyá* (Asambleas de la ley coránica o tribunales religiosos) aptos para dictar el derecho para todo lo que se refería al estatuto personal y a ciertos litigios inmobiliarios. El Tribunal Supremo de la aplicación de la ley coránica se suprimía igualmente, así como los tribunales rabínicos, el día 27 de septiembre de 1957. Una ley del 11 de julio de 1958 procedía a la organización muy liberal de las diferentes actividades del culto israelí.

El día 17 de abril de 1956, es adoptado un Código del Estatuto Personal. Todas las medidas que dejan a la mujer en una situación inferior a la del hombre son abolidas. La poligamia es abolida, aunque conviene señalar que, en aquel momento sólo había en Túnez un 2% de matrimonios polígamos y todos de cierta edad. De todas formas, se dejaron cuatro meses hasta la entrada en vigor de la disposición, lo que permitía la posibilidad de contraer todavía un matrimonio polígamo. La esposa no puede ser repudiada por el capricho del marido. Se reglamenta el divorcio. El matrimonio debe ser sometido al consentimiento de las dos partes y la novia debe pronunciarse, ella misma, sobre este punto.

En su discurso del día 3 de agosto de 1956, Habib Bourguiba declara:

«De la misma manera que nuestros antepasados han hecho un esfuerzo de reflexión sobre los medios para alcanzar los fines asignados por el islam, nosotros debemos proporcionar el mismo esfuerzo para adaptar la comunidad a los imperativos de nuestro tiempo, en el marco de los principios generales del islam. Se trata de una obra de razón basada por otra parte sobre los principios del islam y apoyada por prestigiosos ulemas Tahar ben Achur, Abdelaziz Jaït, que en el porvenir serán considerados al nivel de Jemaleddine Afghani, Mohamed Abdu y Rachid Ridha.»

En dos ocasiones, los días 3 y 10 de agosto, Bourguiba insiste sobre lo bien fundado del procedimiento reformista de interpretación. Se refiere a un versículo del Corán, que prescribe:

«Si teméis no ser justos (con las esposas) no toméis más que una.»

Y añade:

«La única aprensión de una inclinación particular debería desviar al fiel de la poligamia.»

Algunas disposiciones del Derecho Público son modificadas para permitir el derecho de las mujeres a la elegibilidad y al voto en los niveles regional y municipal —mayo de 1957— y después, en el mes de noviembre del año 1959, ellas también podrán participar en las elecciones presidenciales y legislativas.

El principio de «a trabajo igual, salario igual» se afirma con fuerza. Bourguiba declara a la revista femenina *Faiza*, en el mes de diciembre de 1959:

«El velo no es más que un sudario siniestro que oculta la cara.»

Del año 1956 a 1958 el poder adopta una serie de medidas sobre la Universidad de la Zituna —enseñanza religiosa, la más importante en Túnez y entre las más importantes en el mundo árabe, después de la de Al-Azhar de Egipto— en razón de que para el *Neo-Destur*, la institución dispensa una enseñanza anticuada y transmite unos conocimientos inadaptados a la evolución científica y técnica, por lo que se llega a dismantelar esta Universidad. La razón de estas medidas hay que buscarla en el hecho de que fue un hogar de oposición a Burguiba y además, en el enfrentamiento entre Burguiba y Ben Salah, los *zitu-nianos* tomaron partido por este último. En su lugar se crea una administración del culto, dependiente del poder Ejecutivo y encargada, por una parte, de centralizar y estudiar todas las cuestiones relativas al culto musulmán así como a los otros cultos, y por otra parte, de organizar el reclutamiento, la retribución y la carrera de los predicadores y de los agentes encargados de los edificios religiosos.

Un decreto del día 11 de abril de 1970 hace depender directamente del primer ministro a la Dirección de Asuntos del Culto y define sus atribuciones. En el plano de la enseñanza, se crea una Facultad de Teología, integrada en la universidad, que va a desarrollar unas funciones parecidas, a las que se suprimieron de la Zituna.

Un *mutfi* de la República, personalidad oficial pero con un estatuto honorífico, aconsejará al Gobierno en asuntos del dogma, legislación y ceremonias islámicas. Hay en los nuevos dirigentes y especialmente en Burguiba, la pretensión de que la dirección espiritual del país corresponde al jefe del Estado, en su doble condición de jefe temporal y espiritual. Esta función de imam supremo, Burguiba va a ejercerla, haciendo uso de todo su poder. Él considera que es necesario emprender un proceso lento, pero profundo, de modernización, es decir secularización, de la sociedad tunecina, para lo cual va a desarrollar una campaña contra ciertos preceptos del Corán y de la *sunna*, que considera que están en contradicción con la vida moderna y con las exigencias de la economía y del progreso.

Hay, no obstante, algunos actos de Burguiba que marcarán la escena política y religiosa y servirán más tarde como argumentos a los islamistas de los años setenta y sobre todo, de los años ochenta. El día 5 de febrero de 1960 en un discurso lanza una requisitoria contra las consecuencias sociales y económicas del ayuno del mes del Ramadán «la observación estricta del ayuno obstaculiza la producción y las tareas cotidianas» y afirma que la fijación de las fechas y de los periodos de las fiestas o ritos religiosos no estarán ya basados sobre el «sistema absurdo» de la observación de la Luna, sino de acuerdo con un calendario fijado con anterioridad. Hace un llamamiento al pueblo para que dé pruebas de moderación en los gastos de consumo durante el mes del Ramadán y las fiestas religiosas y que el sacrificio del cordero, con ocasión de la fiesta del *Aid-el-Kebir*, se limite al máximo. Anuncia que no habrá prohibición para la fabricación, comercialización y exportación de algunos productos prohibidos por el islam, tales como el vino y el cerdo. Por último, añade que la peregrinación a La Meca será regulada por el Estado, por cuanto supone una pérdida de divisas, por lo que el número de peregrinos será fijado anualmente, con anterioridad, por las autoridades, y no dejado a la libre elección de los creyentes.

Burghiba trataba de fundamentar su acción de la siguiente manera:

«...los periodos de decadencia se explican por el hecho de que los musulmanes han dado la espalda a la inteligencia y han renunciado al espíritu crítico para paralizarse en el hábito de la tradición escolástica y seguir, sin reticencia, el charlatanismo de ciertos dirigentes, de ciertos doctores de la fe o de jefes de hermandades, cuyo fanatismo supersticioso y ciego ha terminado por esterilizar la inteligencia e inevitablemente la religión» (discurso del día 3 de septiembre de 1960 en la mezquita *Okba Ibn Nafaa* de Kairuan).

En el año 1964, en el primer día del mes del Ramadán, el jefe del Estado se hace filmar por las cámaras de televisión, bebiéndose un vaso de zumo de naranja, durante las horas de ayuno, pero trata de justificar este gesto «sacrílego», refiriéndose al espíritu del Corán:

«Un hombre que trabaja, no puede soportar el ayuno y no debe privarse de comer por temor al escándalo. El Profeta, él mismo, ha roto la Cuaresma. Es inconcebible que podamos consentir en dilapidar todo un mes de trabajo, mientras que la religión tiene previstas unas tolerancias, tanto en el Corán, como en la tradición del Profeta. Cada vez que las exigencias de lo temporal se han revelado difíciles de conciliar con la obligación del ayuno, nuestro Profeta ha hecho prevalecer la lógica y la razón de Estado. Por ahora, tenemos interés en trabajar...»

Las reformas pretendían la eliminación de la elite religiosa y su sustitución por otra en los principales aparatos ideológicos y en las instituciones estatales. Paralelamente, Burghiba extiende su poder al campo religioso y se autoconcede el derecho de promulgar *fatwas* (interpretaciones legales de los preceptos religiosos), que viene a ser un trabajo de acompañamiento, de explicación y de propagación del ideal estatal y social modernista.

La Constitución del año 1959 adopta el islam como religión del Estado (artículo 1) y como religión obligatoria del presidente de la República (artículo 37), pero el islam no impone límites a la revisión de la Constitución, mientras que éste es el caso para la forma republicana del régimen (artículo 60). En la Constitución actual de Túnez, el islam es la religión del Estado (artículo 1) y la religión del jefe del Estado (artículo 38), así como la del candidato a presidente de la República (artículo 40) y como en la anterior, lo único que no se puede revisar del texto constitucional es la forma republicana del Estado (artículo 72).

Al principio, estos objetivos reformistas y modernistas no encontraron un eco favorable y fueron impuestos de forma autoritaria. La contestación de la interpretación oficial del islam, durante los años sesenta y mitad de los setenta, se limitaba a las mezquitas, los lugares de culto y los debates teológicos y, en muy pocas ocasiones, se planteó en los debates políticos e intelectuales.

El movimiento de contestación religiosa comienza a tomar amplitud en los años setenta. Se produce en la sociedad tunecina una amplia transformación. Fracasa la experiencia socialista de Ben Salah y Túnez cambia radicalmente de orientación política y económica, orientándose hacia una política de apertura liberal. El capitalismo salvaje del primer ministro Hedi Nuir va a provocar fisuras en la unidad nacional. El mundo árabe, en general, no se ha repuesto de la derrota del año 1967, que ha provocado la derrota del nacionalismo árabe (nasserismo, baathismo, etc.). El Gobierno tunecino para luchar contra las fuerzas de izquierda crea, en el año 1970 una «Asociación para la Salvaguardia del Corán», con

la finalidad de crear una fuerza que se opusiera a la influencia marxista en los institutos y en la universidad. Al principio el lado religioso fue esencial y las connotaciones políticas eran muy vagas. No se estaba de acuerdo con el Gobierno, pero no había una línea de acción bien definida.

Se inició una fase con llamamientos a la conversión, organizándose encuentros, multiplicándose los lugares de culto y editándose publicaciones de contenido religioso, apoyadas e impulsadas por algunos sectores del aparato dirigente. Predicadores egipcios y paquistaníes recorren el país haciendo llamamientos a la moralización de la sociedad en nombre del islam. No hay discurso político y se trata únicamente de una predicación religiosa y de proselitismo, dirigida en especial a los jóvenes, que son atraídos en gran número.

A favor de esta primera ola del despertar religioso, se constituyen asociaciones culturales, religiosas e incluso deportivas, cuyos miembros y simpatizantes tienen sus ritos, viven en común y se casan entre ellos. En el año 1971 aparecen los primeros círculos islámicos en las mezquitas de Túnez. A principios del año 1972, la cristalización doctrinal se aceleró con el lanzamiento de una revista, titulada *Al-Ma'arifa* (El conocimiento), que contribuyó a clarificar los fundamentos ideológicos de la corriente. En esta revista participarán los futuros líderes del islamismo tunecino: Ahmida Enneifer, Rachid Ghannuchi y Abdelfattah Muru. El análisis de los temas expuestos en esta revista nos marcan el recorrido de las preocupaciones de los islamistas tunecinos, que fueron moviéndose desde el terreno de lo estrictamente espiritual al de la cultura, pasando luego a las consideraciones sociales, y por último al campo de la política:

«En ese momento, explica Enneifer, intervinieron dos nuevos datos. En primer lugar, entramos en contacto con el señor Benslama, a quien se le había concedido el derecho a publicar una revista —era una especie de recompensa que le había concedido la Administración— y conseguimos ponernos de acuerdo para editar la revista *Al-Ma'arifa*, o más propiamente, para relanzarla, ya que había aparecido en el año 1962. En aquel tiempo, el *sheik* Salah Eddine había escrito un pequeño artículo sobre el calendario árabe y sobre un tema que era tabú en ese periodo, el método para determinar los cambios de la Luna. Fue ese artículo el que provocó el cierre de la revista. Una vez que fue relanzada, la revista empezó a reflejar nuestros titubeos. Estábamos motivados para decirle a la gente lo que era lícito y lo que no lo era, el tipo de rezo, etc. Queríamos decir también algo que fuera más radical, pero no sabíamos qué y cómo. Estábamos en el año 1972.»

«El segundo dato que influyó fuertemente en Túnez, fue la liberación por Sadat de los Hermanos Musulmanes que Nasser había encarcelado. Los Hermanos Musulmanes habían empezado a publicar libros y, en el año 1973, en la I Feria del Libro Tunecino se facilitó la distribución en gran manera [...]. Y fue esta corriente la que nos influyó y nos empujó a comprometernos más directamente en la acción política, tanto como para organizar una cierta formación clandestina. Empezamos a formar grupos secretos para adiestrarlos, pero siempre con una dimensión espiritual.»

«Creo que Ghannuchi tuvo sus primeros contactos con los Hermanos Musulmanes cuando estuvo en Siria. A finales de los años sesenta era posible encontrar a los Hermanos Musulmanes en Siria, pero era una tendencia minoritaria. En aquel tiempo predominaban las tendencias nacionalistas, pero no de izquierdas, digamos los nas-

seristas y los baathistas. La tendencia islámica era muy débil. De los 150 estudiantes tunecinos que estábamos en Damasco, quizás hubiera dos islamistas, unos 20 des-turianos, es decir simpatizantes con el régimen tunecino, unos 30 apolíticos y el resto, la amplia mayoría, éramos nacionalistas árabes, unos de tendencia nasserista y otros de tendencia baathista. Nuestra educación entonces era bastante superficial, comprendíamos los problemas del mundo árabe en su conjunto, pero no de una forma ideológica. Fue más bien con los Hermanos Musulmanes con los que encontramos esto. Leíamos todo lo referente a la formación de la Hermandad, como habían organizado sus primeras células, etc. [...].»

En el mes de abril del año 1972, Rachid Ghannuchi y sus próximos crearon la Asociación *Jama'a Islamiya* (Comunidad islámica), que dinamizó la creación de los círculos religiosos en las mezquitas y en los centros educativos, sin que su iniciativa encontrase la hostilidad de las autoridades. En sus inicios la actividad de la *Jama'a Islamiya* consistió en reunir un «círculo general» todos los viernes por la tarde en la mezquita *Saheb Attabaâ* de Túnez y organizar una conferencia religiosa en la sede de la «Asociación para la Salvaguardia del Corán», los sábados por la tarde. En esa época, la *Jama'a Islamiya* contaba con unos 100 miembros repartidos en cinco o seis células, conocidas como «círculos particulares» que se reunían en las mezquitas bajo la supervisión de Salah Ben Abdallah, Rachid Ghannuchi y Ahmida Enneifer.

En la primavera del año 1972, tendrá lugar la primera reunión de los futuros miembros fundadores del MTI, que marcará el cambio de naturaleza del movimiento, a pesar del mantenimiento de las mezquitas como instrumento privilegiado de reclutamiento y encuadramiento. Ese cambio de naturaleza, en la línea de la conversión del movimiento en una fuerza política estructurada, se materializa en la adopción de una triple estrategia a partir de ese mismo año: en primer lugar, la reapropiación de la mezquita y la reislamización del contenido de la predicación, como medios de acción política y social; en segundo lugar, la penetración en los *campus* universitarios y en los institutos; por último, la adopción de un perfil diferenciado (ropa, actitudes, comportamientos...) que marque la ruptura con un medio impuro.

La entrada de los islamistas en las universidades y en los institutos dio origen a una serie de enfrentamientos con los grupos de izquierda y de extrema izquierda. Estos últimos eran precisamente activos y relativamente influyentes sobre una base de jóvenes instruidos, que habían accedido a la universidad llevando con ellos las preocupaciones de los medios populares, de los que generalmente habían salido, y las decepciones de los que consideraban ser el «reformismo» de las fuerzas tradicionales de la izquierda nacionalista árabe.

A partir de la segunda mitad de los años setenta, varios factores van a contribuir a una renovación del islamismo: en primer lugar, la secularización y la modernización emprendidas por el poder tunecino y los fracasos de las políticas económicas seguidas, que van a desencadenar unas reacciones de algunas fracciones de la pequeña burguesía, principalmente ciudadana o recientemente urbanizada, sin cultura, que no había disfrutado de los beneficios de la sociedad material moderna; la vuelta a una cierta tradición islámica, que determina que, progresivamente, cada vez más jóvenes frecuenten las mezquitas, durante las pláticas del viernes, lean el Corán o sus diversas interpretaciones por los teóricos del islamismo radical de Oriente Medio.



A partir del año 1978, los islamistas tunecinos van a reagruparse en el seno del Movimiento de Renovación Islámica (MRI), que adopta una línea sobre todo flexible: la vuelta a la *sharia* debe hacerse por etapas y sin recurrir a la violencia. Los fundadores de este movimiento son Abdelfattah Muru, Hassan Ghodbani, Habib Mokni y Rachid Ghannuchi.

En Túnez, además del partido en el poder existía otra fuerza organizada, la Unión General de Trabajadores Tunecinos (UGTT), que tomando a su cargo la defensa de los trabajadores, contestaba el poder hegemónico del partido dirigente y, en especial, los excesos políticos del primer ministro Hedi Nuira. El poder no podía consentir la autonomía de la central sindical, ni Burguiba, las ambiciones del secretario general del sindicato, Habib Achur. Ordenada por los dirigentes sindicales, la huelga general del día 26 de enero de 1978 degeneró en una serie de disturbios por instigación de los provocadores. Fue necesario apelar al Ejército para restablecer el orden. Detenido y condenado en agosto de 1978 a diez años de trabajos forzados, Habib Achur desapareció momentáneamente de la escena política, aunque el enfrentamiento entre el poder y el sindicato continuará en el tiempo.

### *Segunda etapa. Del año 1979 al año 1984*

Si en principio, el reclutamiento de los islamistas se hizo en las universidades, profesores y alumnos, de clase media baja y sobre todo jóvenes, conviene señalar que los islamistas siempre encontraron un campo abonado para el reclutamiento de sus militantes, en una población que se había visto enfrentada a una serie de «ataques», como el de la modernidad, la urbanización, la falta de un sistema de protección social y la transparencia que les mostraba, por medio de la televisión, un mundo al que ellos no sólo no tenían acceso, sino que incluso se encontraban en el umbral de la pobreza. En estas circunstancias las promesas islamistas les hicieron soñar.

Aunque parezca mentira, fueron las Facultades de Ciencias el vivero de donde procedieron la mayor parte de los islamistas, la razón podría estar en el hecho de que el nivel intelectual era más bajo en las Facultades de Derecho y Literarias, que en las Facultades de Ciencias, en las que el vacío cultural se sintió con más rapidez y más intensamente. Esta ubicación de la corriente produjo lo que al parecer constituía un contrasentido y es que, fue entre los estudiantes francófonos, que predominaron durante tiempo en las Facultades de Ciencias, donde se desarrolló la corriente islamista, más que entre los estudiantes arabófonos:

«En Túnez, señala Enneifer, la competición con la ideología de la izquierda universitaria fue decisiva en la estructura ideológica y política de la corriente islamista. Este enfrentamiento directo entre el pensamiento tradicional islámico en la oposición, por supuesto, pero muy desenfocado y, el pensamiento y los medios de acción de los grupos izquierdistas, que estuvieron en situación de proceso judicial de una forma regular, fue lo que les llevó a una situación de radicalización. Creo que fue en ese momento, en el que el verdadero perfil político de la corriente islamista se forjó. En la universidad, fue necesario militar, militar políticamente y sobre los fundamentos. Los estudiantes islamistas no podían escapar a las costumbres de la universidad. Reuniones, *dazibaos* (análisis políticos), etc. Imperialismo, por ejemplo, nunca hablaron de imperialismo. Estaban en contacto con esta izquierda que descubrimos que tenía una cierta interferencia de fuera en la vida de los países subdesarrollados. La uni-

versidad jugó un papel que fue central». Para Benaissa: «La reislamización de la universidad se produjo por el acceso a la universidad de gente modesta. Fueron campesinos o hijos de campesinos que, llegando a la universidad por medio de la democratización de la educación, habían conquistado esta libertad para expresar el discurso de la vida que habían vivido. Durante los primeros diez años, la universidad solamente había recibido a los hijos de la burguesía intelectual o a aquellos que habían estado influenciados por Francia.»

En el año 1979, unos pocos meses después de la brutal represión contra una célula sindical, que había sido considerada responsable de los tumultos que siguieron a la orden de huelga general, la revolución de Khomeini dio vida a los movimientos islamistas en todo el mundo. El movimiento islamista tunecino dio la bienvenida a la explosión de Khomeini, pero con una cierta prudencia, al fin y al cabo eran shíes. No obstante la revolución iraní, poco a poco, llegó a ser un punto de referencia para la total corriente islamista. En realidad, fue el triunfo de Khomeini lo que justificaría de hecho la primera genuina reacción represiva del régimen. El día 19 de diciembre de 1979, Ghannuchi y Muru fueron detenidos, después de que el primer ministro, Hedi Naira, denunciara a los «alboratadores que se cubren ellos mismos con los ropajes islamistas para entrar en política por medio del robo». Los cargos contra Ghannuchi fueron los de propalar noticias falsas, difamación y hacer llamamientos a la subversión. Los cargos se basaban en el papel de Ghannuchi como director de la revista *Al-Mujtamaa*, el mayor órgano político del movimiento, que había sido lanzado en el mes de agosto y que acababa de ser suspendido. El editor-jefe de la revista, Abdelmajid Attia, fue también sometido a juicio.

Ghannuchi en aquel tiempo no era muy propicio a la revolución. Tenía miedo. Pensaba que sobre todo era una revolución iraní y no islámica. Y no le faltaba razón. Tanto es así que al principio se mantuvo a cierta distancia. Pero la magnitud de la revolución, y especialmente el respaldo popular integrándose en ella, le llevó a la convicción de que no se podía permanecer ajeno, ni en contra. Así que, se inclinó profundamente por la revolución. La última aparición de *Al-Mujtamaa*, antes de su prohibición, publicaba la fotografía de Khomeini en la cubierta y fue el momento en el que las autoridades decidieron que era necesario adoptar una decisión. Ghannuchi pensaba que el movimiento estaba lo suficientemente implantado en el país, que el Gobierno podía hacer detenciones, pero nunca se atrevería a unos procesos con fuertes sentencias. Las detenciones fueron consideradas por los islamistas más como una victoria, que como una derrota.

En el mes de octubre, meses después de que Khomeini volviera a Teherán, 60 delegados se reunieron en congreso constituyente, en La Manuba, cerca de Túnez. Le dieron al movimiento una estructura que permaneció casi sin cambios hasta la gran ola represiva del año 1987. Los círculos informales se dispersaron por las mezquitas de la capital y algunas ciudades de provincias fueron integradas en una estructura rigurosa, que cubría la totalidad del territorio nacional, con una tupida red de células de base, con consejos regionales y comités ejecutivos, cuyos métodos de actuación fueron establecidos hasta en los más mínimos detalles.

La autoridad suprema se dejó en las manos de un consejo nacional, que se reunía cada tres años. Entre congresos, un consejo consultivo nacional, *Majlis-Es-Shura*, se reunía cuatro veces al año para aprobar las orientaciones de un comité ejecutivo central, que a su

vez se componía de nueve comités sectoriales. El congreso designaba los cargos regionales, encargados de desarrollar el movimiento, que se reunían en unos comités ejecutivos regionales. Las regiones se dividieron en distritos *jihate*, supervisados por agentes *wukala*. En la base existían diversos círculos (familias o células), que podían estar abiertas o no a los no miembros. Éstos servían como primeros cuadros en el trabajo de movilización y después en la estructuración de la doctrina para los potenciales reclutas y para la mano de obra. La universidad y, desde el año 1984, las escuelas secundarias constituyeron dos estructuras autónomas. No fue una sorpresa que Ghannuchi fuera elegido al frente del movimiento, con el título de emir, que muy pronto fue abandonado por el más moderno de presidente.

Mientras tanto Ghannuchi hizo un viaje a Irán, presidiendo una delegación de islamistas tunecinos, a invitación de los dirigentes khomeinistas, siendo recibido con honores de jefe de Estado.

Los debates sobre la revolución iraní van a ser la causa de que se produzcan fisuras, y con el tiempo separaciones en el MRI. Así, Salah Eddine al-Jurchi y Ahmida Enneifer fundarán la tendencia de los «islamistas progresistas.» Para ellos es necesario repensar el islam de manera a adaptarlo al mundo moderno y a las realidades específicas de Túnez. Gannuchi y Muru, apoyan no obstante la revolución iraní, pero sin copiar punto por punto el modelo khomeinista. Estos últimos, en el año 1981, van a abandonar el MRI y crearán el MTI, que se orientará progresivamente hacia la aceptación del juego democrático y el reconocimiento político legal. Estas dos tendencias llegarán a tener una exigencia común: el islam debe adaptarse a las especificidades de la sociedad tunecina, que es pluralista. Progresivamente el movimiento islamista tunecino se convertirá en un mosaico, donde cristalizarán una serie de grupos y corrientes de diversas obediencias, siendo la más importante, en audiencia, en número de simpatizantes y de militantes y la que marcará la escena política tunecina durante todo el decenio de los años ochenta, el MTI.

Los años 1980 y 1981 van a ser testigos de una contestación cada vez más violenta. La noche del 26 al 27 de enero de 1980, se produce un ataque al cuartel, puesto de policía y cuartel de la Guardia Nacional de Gafsa, por parte de un grupo armado procedente de Libia. Tiene que intervenir el Ejército tunecino y los violentos combates causarán 40 muertos y 111 heridos. El 28 de enero, hay un comunicado de la «Resistencia Armada Tunecina» a la AFP (*Agence France Presse*), en el que se señala que ha habido 300 muertos en las fuerzas gubernamentales. El día 30 de enero se descubren importantes cantidades de armas en la región de Gafsa. El MTI, uniéndose al conjunto de fuerzas políticas y sindicales de la oposición, se desmarcará de este tipo de acción, pero condena firmemente la actitud de las autoridades y la «intervención» francesa y americana. En la primavera del año 1981, los estudiantes de institutos y universidades invaden la calle; las manifestaciones desembocan en pillajes e incendios en diversos establecimientos. En la universidad, los islamistas han conseguido ser mayoritarios en diversos consejos y se producen verdaderas batallas con los «progresistas».

En el mes de abril de 1981, se celebró en la región de Sussa un segundo congreso extraordinario. Mohamed M'Zali, el «buen» ministro de Educación acababa de ser nombrado primer ministro. El suceso de Gafsa había debilitado al régimen y lo empujó a tratar de ampliar su base política. El congreso extraordinario del MTI se celebró al mismo tiempo

que el congreso del partido gobernante, por lo que los delegados islamistas fueron conociendo por la radio, el desarrollo y las recomendaciones hechas a Burguiba por sus seguidores, para la creación de partidos de oposición, extremos que los islamistas incorporaron a sus propias discusiones. Ghannuchi fue elegido de nuevo y abogó por el desarrollo de una doble estrategia. Por una parte, deseaba reforzar la base clandestina. Por razones de seguridad, los delegados al congreso no se conocían entre ellos y sus caras estuvieron ocultas durante algunas conferencias; no hubo contacto entre las diferentes secciones y, finalmente, se tomó juramento de lealtad, al estilo de los Hermanos Musulmanes, de los que Ghannuchi era probablemente el representante tunecino. Por otra parte, deseaba el desarrollo de contactos con la clase política tunecina y con los movimientos islámicos extranjeros, especialmente con el sudanés. El 30 de abril, el futuro MTI se unió al Movimiento de Unidad Popular (MUP) de Ahmed Ben Salah, en la primera conferencia de prensa de los grupos de oposición. El descubrimiento en la casa de Benaissa, que estaba a cargo de centralizar la doctrina para el movimiento, de un cierto número de documentos de trabajo, probablemente alertaron al Gobierno sobre la estructura y volumen del movimiento, aceleraron la decisión, que estaba ya siendo considerada por los 25 miembros del comité ejecutivo, en la reunión de El Bardo, para convertir el grupo islámico en el MTI.

Burguiba tomó buena cuenta de las peticiones de los delegados del congreso del partido gobernante y llegó a evocar la posibilidad de abrir una brecha en el monopolio que su partido ejercía desde la independencia. El día 6 de junio de 1981, durante una conferencia de prensa celebrada en Túnez, Ghannuchi, Benaissa, Mokni y Muru anunciaron la creación del MTI y su intención de que fuera reconocido como partido político. Durante la conferencia de prensa, se distribuyó un manifiesto, de tono muy moderado, que indicaba cinco objetivos y enumeraba los medios para alcanzarlos. El MTI quería, según se afirmaba, reunir y educar al pueblo tunecino, servir sus causas, buscar la contribución del «conjunto de masas islámicas». Su tercero y cuarto objetivos se enunciaban como sigue:

«Que las masas populares recobren su derecho legítimo a disponer de ellas mismas, lejos de toda tutela interior o de hegemonía exterior; reconstruir la vida económica sobre bases humanas, y distribuir equitativamente la riqueza del país a la luz del principio islámico: a cada uno según su esfuerzo, a cada uno según su necesidad, esto con la finalidad de que las masas populares dispongan de su derecho, usurpado, a una vida digna, lejos de todas las formas de explotación y de satelización en torno a las fuerzas económicas internacionales.»

El MTI pretendía «animar la actividad intelectual y cultural, rechazar la violencia, y rechazar el principio de monolitismo político», rechazar lo que constituía una crítica del régimen tunecino, descansando sobre la preponderancia del Partido Socialista Desturiano (PSD). Con relación al «cuarto medio», el MTI se proponía «determinar los conceptos sociales del islam en las formas contemporáneas, y analizar la realidad económica tunecina con la finalidad de delimitar los aspectos y los orígenes de la injusticia y preconizar soluciones. Consolidación de la acción sindical, de manera que se garantice su autonomía y su capacidad para realizar la liberación nacional en todas sus dimensiones, social, política y cultural»: la tendencia antigubernamental aparece aquí con claridad.

Tres de los cinco objetivos enunciados por el manifiesto definen una acción islámica:

«Renovar el pensamiento islámico a la luz de los principios fundamentales del islam y de las exigencias de la evolución. Contribuir a hacer renacer la entidad política y civilizacional del islam. Resucitar la personalidad islámica de Túnez». Con objeto de alcanzar estos objetivos, será necesario «animar la mezquita en tanto que centro de culto y de movilización popular... a doptar la concepción global del islam y la práctica de la acción política lejos del laicismo y del oportunismo; liberar la conciencia islámica de la sumisión cultural y civilizacional; poner en evidencia y concretar la imagen contemporánea del Gobierno islámico...»

Durante la conferencia de prensa del día 6 de junio, el portavoz del MTI fue alternando las afirmaciones integristas y conservadoras. No obstante, el MTI no creía que en Túnez «la ley islámica, la *sharia*, pueda ser aplicada»; será necesario, en primer lugar, «crear el clima político, social y humano necesario para su introducción», o dicho de otra manera, organizar y moralizar la sociedad por medio de una verdadera islamización.

Por último, si los representantes del MTI profesan que «Dios es la fuente, y que el islam es la referencia absoluta», ellos añaden:

«En el poder islámico, tal como nosotros lo vemos, la relación a Dios, es decir a su ley, está necesariamente mediatizada por el pueblo, a continuación por el Gobierno encargado de hacer ejecutar la política, para la que ha sido elegido. Es por lo que nosotros no nos oponemos, de ninguna manera, a que otros partidos coexistan con nosotros, ni siquiera el Partido Comunista... el único veredicto al que nos sometemos es al del pueblo.»

Sesenta días más tarde, M'Zali, cediendo a la intransigencia del presidente Burguiba rechazó la petición de legalización del MTI y, la actitud del régimen, después de un periodo de ambivalencia, dio un giro hacia una dura represión.

Poco después, los jóvenes que pertenecían al movimiento islamista o que pasaban por considerarse de él, entraron en acción. En el mes de julio de 1981, atacaron cafeterías y restaurantes, que se habían mantenido abiertos durante el periodo del Ramadán. Otros intentaron dirigirse a los fieles reunidos para la oración del viernes. El incidente más serio tuvo lugar en un pueblo del Sahel, por un pequeño grupo que hizo irrupción en una mezquita y sustituyó, por la fuerza, al imam por uno de sus miembros. Se señaló también una tentativa de reunir un congreso clandestino.

El día 18 de julio de 1981, unos 60 militantes y cuadros del MTI, entre ellos Muru y Ghan-nuchi, son detenidos e inculpados y el MTI prohibido. El día 22 de julio del mismo año se vuelven a producir detenciones, a raíz de los incidentes de Msaken y Bekalta. El día 25 de julio de 1981, el *Majlis-Es-Shura*, reunido en un suburbio de Túnez, confiaba el liderazgo del MTI a Fadhel Beldi, quien asumió su papel durante tres meses antes de dejar el país y devolver sus obligaciones a Jabali Hamadi. Éste retuvo sus funciones durante todo el periodo de detención de la dirección.

La idea de una eventual colaboración con el movimiento «proscrito» fue totalmente excluida. Fue la clase política al completo, desde el Movimiento Socialista Democrático (MSD) al Partido Comunista Tunecino (PCT) —ambos reconocidos como partidos políticos— con los que el régimen trató de cerrar filas con la finalidad de «impedir el camino a

estos mesías del terror y de la oscuridad», como decía Mohamed Sayah, director del PSD, mientras mostraba un particular celo en seguir las órdenes presidenciales, relativas a la represión antiislamista.

En el mes de septiembre de 1981, se celebró un proceso político contra los islamistas que serían condenados a duras penas que fueron hasta de 11 años de cárcel. Pero contrariamente a la requisitoria del ministerio público, las acusaciones de violencia, de atentado a las libertades individuales, y de relaciones con «partidos extranjeros pertenecientes a los Estados con miras expansionistas en nombre de la revolución religiosa» no fueron retenidas.

Paralelamente, el poder intentó «recuperar» la sensibilidad islamista. Así, durante el mes del Ramadán del año 1981, M'Zali ordenó el cierre de los cafés y restaurantes, aunque tres días más tarde, después de una violenta discusión, Burguiba los haría abrir. No obstante, se adoptaron una serie de medidas contradictorias, como la supresión del *hijab* en las administraciones y en los establecimientos escolares.

Tras la condena de los miembros de la dirección del MTI será necesario el transcurso de dos años para que se reactive el contacto entre el Gobierno y el MTI, a partir de la iniciativa de Salaheddine Jurchi de publicar en junio de 1983, un comunicado de la dirección del movimiento renunciando a la violencia y a la monopolización del islam, y que coincidió con el segundo aniversario de su creación. En el año 1982, Salaheddine Jurchi había protagonizado junto con Ahmida Enneifer la primera escisión del movimiento, conocida con el nombre de «islamistas progresistas», compuesta esencialmente por intelectuales, agrupados en torno a la revista *15/21* (siglo del calendario musulmán/siglo del calendario cristiano), y que se convertirán en un grupo representativo de la elite intelectual islamista y en un espacio de innovación doctrinal.

En el año 1983, continuó la política de represión del régimen. En el mes de enero, 22 militantes del MTI fueron detenidos bajo la acusación de «desórdenes públicos» e implantación de una red de activistas en todo el país: entre los detenidos había numerosos estudiantes, funcionarios, médicos, ingenieros, etc. En septiembre del mismo año, tendrá lugar otro proceso contra militantes del MTI: 18 serán condenados a seis meses de prisión, dos a un año. Estas sentencias se pronunciaron después de la liberación anticipada, el verano de 1983 de Abdelfattah Muru, gravemente enfermo.

El día 25 de agosto de 1983, una treintena de miembros del Partido de la Liberación Islámica (PLI) comparecieron ante el Tribunal Militar de Túnez: oficiales y suboficiales, así como funcionarios estaban implicados en acciones armadas realizadas por este grupo, muy minoritario en el seno del movimiento islamista, clandestino y que, al parecer, tenía una dirección «operativa» implantada en la República Federal de Alemania, donde reclutaba entre los inmigrantes.

El día 3 de enero del año 1984, estalla la «revuelta del pan» o, mejor dicho, la «revuelta del cuscus», desencadenada por un alza de los productos derivados de los cereales. La revuelta, que se extiende por el país es menos la revuelta de los hambrientos, que la de los frustrados y desesperados. La muchedumbre ataca a los símbolos del poder y por primera vez desde la independencia, se atreve a derribar alguna de las estatuas del «Combatiente Supremo». Por tercera vez, el poder político hace un llamamiento al Ejército, preguntándose si después volverá a sus cuarteles.

Los islamistas se empeñan en una serie de acciones como huelgas de hambre y reivindicaciones socioeconómicas y políticas, tomando parte en el trabajo político, sindical UGTT y asociativo Liga de los Derechos del Hombre (LTDH).

El día 4 de julio de 1984, Abdelfattah Muru, liberado por razones de salud, envió una carta al presidente Bourguiba que abrió las puertas a la amnistía total de los otros miembros de la dirección del MTI. En la cárcel de Borj ar Rumi, los líderes del MTI recibieron la visita de un abogado, próximo a M'Zali, y se iniciaron las negociaciones. Una plataforma política con la postura del MTI fue presentada por Muru al primer ministro. «No encontré ninguna cosa que cambiar», señaló M'Zali, «incluso habría sido capaz de utilizarla como editorial en mi revista, *Al-Fikr*». Cuando Mohamed M'Zali presentó al presidente Bourguiba su propuesta de excarcelación de los dirigentes del MTI, el presidente, en principio, solamente dio su aprobación para mantener la liberación de Muru, a quien juzgaba más moderado que Ghannuchi. M'Zali se esforzó en demostrar al presidente que una selección semejante, consagraba al ala intransigente de la corriente y no dejaría la posibilidad de un acercamiento.

El día 3 de agosto de 1984, con ocasión del 82 cumpleaños del «Combatiente Supremo», la mayoría de los condenados en septiembre de 1981 fueron amnistiados. En ese momento el MTI entró en un periodo de semilibertad, una impredecible mezcla de apertura y de represión, que no fue diferente de la que, los otros grupos de la oposición experimentaron a continuación. Esta situación permitiría confirmar el papel legalista, pero aceleraría también en sí mismo un proceso de mutación doctrinal.

#### *Tercera etapa. Desde agosto de 1984 al 7 de noviembre de 1987*

En noviembre del año 1984, pocos meses después de la amnistía, se convocó el tercer congreso en Slimane. Ghannuchi, muy cansado por su larga detención, volvió a hacerse cargo de la presidencia del MTI. En el contexto de la relajación siguiente a la amnistía, el MTI empezó a preparar su estructura interna, con la finalidad de prevenir otra ola de represión. Al mismo tiempo, presentó más que nunca su ofrecimiento para una participación política legal. «Es una ocasión única, lo que se le ofrece a Túnez», alegó la plataforma que salió del tercer aniversario de la creación del MTI. Por primera vez en su historia, el MTI expresaba explícitamente su adhesión, sin reservas, a los principios democráticos, «prometiendo reconocer a cualquier gobierno que saliera de una elección regular, aunque fuera comunista».

El Gobierno tunecino después de negociar la liberación de los líderes islamistas, procedió a una cierta neutralización de esta dirección, mientras hacia frente al problema de la UGTT. Los islamistas que, desde las mezquitas, habían conseguido avances notables en la enseñanza, organizaciones juveniles y asociaciones culturales, van a emplearse en infiltrarse en los sindicatos profesionales:

«El escenario puesto a punto por Mohamed M'Zali para hacer frente a la organización sindical ha durado unos dos años, desde el verano de 1984 al verano de 1986, durante los cuales los líderes islamistas van a gozar de una libertad de acción total, dando conferencias de prensa, denunciando, por medio de comunicados, todos los asuntos que no les convienen, explotando al máximo el compromiso del primer ministro, para tomar una iniciativa que, hasta el momento, no se habían atrevido a tomar:

la organización en la primavera de 1985 del congreso constitutivo de la Unión General Tunecina de Estudiantes (UGTE), que llegó a ser la central que reunió al conjunto de los grupos islamistas en las universidades.»

La correlación entre la caída del movimiento sindical y la subida del islamismo político puede ser objeto de interpretaciones múltiples. La correlación entre el devenir de estos dos movimientos no se puede atribuir a la causalidad. Más bien hay que señalar que el movimiento islamista aprovechó el momento y la oportunidad que se le brindaba. Conviene señalar que el movimiento islamista había intentado penetrar en las instituciones de seguridad (Ejército, Policía y Aduana) desde el año 1975, pero de una manera defensiva, pasando a una actuación más ofensiva durante los años ochenta, entre los congresos de Slimane (1984) y el de El Menzah (1986). Para los observadores y analistas de la escena política tunecina, no pasó desapercibido que en el movimiento islamista se estaba produciendo una mutación. Fue primero la emergencia de una nueva generación de líderes, compuesta de profesionales, de manipuladores de masas, de especialistas de la información, de la intoxicación y de la logística. Esta generación de organizadores, de ingenieros y de profesionales, estaba dispuesta a arrancar la dirección del movimiento a sus antiguos símbolos de la palabra y de la falta de cultura.

En el mes de noviembre de 1985, el primer ministro M'Zali recibió a los líderes islamistas junto a los de los otros partidos de la oposición. Este nuevo nivel de relaciones parecía ser el resultado de una doble evolución.

En primer lugar, había una evolución del régimen, que había empezado a darse cuenta de la notable capacidad de resistencia del movimiento y de que su existencia era real. Lo que Hedi Nuira, en el año 1979, vio como nada más que «el frente de la agitación social» había llegado a ser, a pesar de la represión, un movimiento político en Túnez, cuya existencia no podía ser considerada como puramente circunstancial. Una vez que se comprendió que la carta de la represión no resolvía el problema, la carta de la aproximación parecía para M'Zali, pero no para Burguiba, proporcionar la mejor solución para sacar a los islamistas de una clandestinidad que era cada vez más inquietante.

Al recibir a Muru y a Ghannuchi, M'Zali inició una segunda fase en el año 1985, en la que confirmó su deseo de seguir el proceso de normalización, empezando por la amnistía. M'Zali declaró a la prensa:

«Cuando los recibí, negaron haber pedido un referéndum sobre el estatuto personal. En ese caso no hay problemas. Los encontré comprensivos, moderados y razonables. Eran una gente estimable. No hay razón para excluirlos. Deseo que participen en las próximas elecciones, como lo desee en las del año 1981. En aquel tiempo estaba atrapado. Siento que no haya oposición en la Asamblea. Deseo que la oposición sea seria, patriótica y que haga el juego conmigo.»

La reapertura del diálogo se llevó a cabo en unas circunstancias que tenían un especial significado. Era un momento en el que, después de varios meses de enfrentamiento directo, M'Zali acababa de vencer a Habib Achur, su eterno adversario de la UGTT, que había tenido la imprudencia de declarar a la prensa que, «conseguiría la cabeza de M'Zali, como había conseguido la cabeza de Nuira». Achur fue acusado de haber roto el consenso nacional, mientras Túnez se enfrentaba a la «agresión» libia. Esta agresión no era sino la



expulsión de 300.000 trabajadores tunecinos durante el verano del año 1985. Achur fue condenado a arresto domiciliario.

Los términos de la negociación del régimen con los islamistas fueron extremadamente restrictivos. Pluralismo no significaba alternancia. El primer ministro, de forma explícita, recordó, al evocar el posible papel que los islamistas, y en general la oposición, podían jugar que:

«Hay un partido que tiene una historia y una legitimidad [...]. Si deseaban participar, había caminos para llegar a eso [...]. Si deseaban sustituirlo, eso no sucedería mañana.»

El desarrollo que había alcanzado el movimiento y su expansión por el territorio nacional, así como su presencia en sectores e instituciones, incluso estatales (Ejército, Policía, Aduanas y Guardias Nacionales) fueron también afectados. En el origen de los cambios estaba, en primer lugar, el incremento de la audiencia y de los activistas del MTI. Desde los pequeños grupos de reflexión política de los años setenta, hasta los grupos bien estructurados, de varios cientos de miembros, que pedían el reconocimiento del partido, hubo un camino cubierto de victorias, derrotas, errores, desilusiones y desconfianzas. Las largas detenciones habían marcado los cuerpos y los espíritus, tanto como para cambiar ideas e itinerarios particulares. La cárcel había producido pocas deserciones, pero había radicalizado el activismo, incluso de aquellos que habían titubeado. El contraste de los presupuestos doctrinales del MTI con la realidad tunecina, produjo un efecto, que desencadenó un proceso de transformación. La emergencia a la escena pública, no obstante, aceleró la cristalización de un cierto número de sus internas contradicciones, que habían estado latentes desde principios de los años setenta.

Anclado desde sus inicios más en el rechazo del «laicismo» de Bourguiba que en cualquier alternativa para la sociedad y el Gobierno, el MTI se vio obligado a moverse progresivamente, desde el estado de rechazo al de la elaboración de un proyecto político global, que hicieran creíbles sus pretensiones partidarias. La transición fue difícil y con problemas. En primer lugar, al elegir este camino el MTI perdió la pretensión de universalidad, que hasta el momento había constituido parte de su fuerza. «Pronunciándose él mismo por el pluralismo y su constitución como un partido político», señala Camau:

«El MTI tranquilizó a una parte de su público, pero al precio de su propia desclasificación de la categoría de una tendencia entre otras y de un debilitamiento de su expresión, como una contralegitimidad. Cada clarificación del credo islamista, reduciendo la vaguedad, que era característica al principio, sirvió para acelerar la estructuración de su clientela. Cada vez, las tensiones inherentes en el proceso de clarificación de la doctrina, fueron incapaces de ser absorbidas por negociaciones, seguidas de resignaciones y en algunos casos hubo importantes divisiones.»

Así, dos importantes renovaciones, poco a poco, se desarrollaron desde la corriente principal. En primer lugar, había una tendencia radical que fue decepcionante, por la falta de la efectividad de la aproximación legalista, y se alteró a la vista de las primeras formulaciones, siendo disuelta. Esta tendencia estaba preparada, sin mirar el precio, para tomar el camino más directo al poder.

En el campo opuesto, el grupo islámico dio nacimiento a una tendencia que fue considerada como progresista. Al final de los años ochenta, ocuparía una posición en la línea de

las organizaciones islamistas, que fue más importante, que el número de sus activistas pudieron hacer creer al mundo.

En el mes de agosto de 1985, Salah Eddine al-Jurchi, Abdelaziz Temimi y Kamel Ben Yunes, los tres disidentes del MTI, publicaron una evaluación interna de la acción islamista en Túnez, que como los autores explicaban en la introducción, se proponía que fuera «el primer intento público para evaluar, críticamente, el pensamiento islámico y la acción». Aunque no recibió el apoyo oficial del MTI, el informe fue distribuido a la clase política y contenía una serie de propuestas sobre las que se había alcanzado el consenso. Esta llamada a «reformar la imagen que tenemos de nosotros mismos», dirigida a los militantes de todas las sensibilidades islamistas, completaba la información de la dinámica interna del MTI, desde el año 1973 hasta el momento presente.

En el cuerpo del texto se recogía una larga crítica de cómo el salafismo había dado pruebas de ser esclerótico, para el desarrollo del pensamiento islámico en Túnez. A continuación se explicaba, lo que podía llamarse una plataforma operativa. Por último, se invitaba a todos aquellos que deseaban «abrir nuevas perspectivas para la acción islámica en Túnez», para que se adhirieran. Con la finalidad de hacer un diagnóstico de la crisis, las actuaciones se articulaban sobre tres ejes: autocrítica, apertura política y regeneración de la doctrina.

El año 1986 es pródigo en acontecimientos. El primer ministro M'Zali, da un nuevo golpe a la central sindical, encarcelando a Habib Achur. Wassila Bourguiba —la «madre de los palestinos», en palabras de Yasser Arafat— cae en desgracia y deja de intrigar. En el mes de junio, el congreso del PSD consagra la posición de M'Zali, como delfín y Bourguiba le rinde homenaje, para sacrificarlo tres semanas más tarde, el día 8 de julio. Temiendo, con razón, por su libertad, M'Zali huye clandestinamente y se refugia en Suiza. El día 11 de agosto, el presidente Bourguiba se divorcia de su mujer, Wassila, que ya vivía en el extranjero después de varios meses.

El MTI, mientras tanto, celebra su congreso en El Menzah —barrio de Túnez—, en el mes de diciembre de 1986, durante el cual se adoptaron dos decisiones importantes:

1. La adopción de una nueva línea de conducta más dura y más centralizada, en la que no puede prevalecer más que un solo parecer y eso, incluso en ausencia de la jefatura. Esta nueva línea se precisa en un documento, bajo el título: «Concepción y método fundamental del movimiento», que contiene el plan de acción alternativo, propuesto por el «ala especial» y que pretende la caída del régimen.
2. Una nueva estrategia que supone una serie de presiones graduadas. Presión, en primer lugar, sobre la universidad para imponer un año en blanco; la obstrucción de los exámenes de Bachillerato, en la Enseñanza Secundaria. Incluso se llega a anunciar la preparación de un escenario de desobediencia civil, para abril del año próximo, que debería venir marcado por una serie de manifestaciones en las grandes ciudades y pueblos, manifestaciones que deberían repetirse hasta lograr la crisis del régimen.

Pero esta estrategia tropieza con dos obstáculos principales: la sofisticación de la Administración y de la Policía, que han sabido absorber las manifestaciones, limitando sus efectos en términos de violencia y la indiferencia de la población, con respecto a una lucha que le divierte, pero que no le concierne.

El presidente Burguiba decide, en el mes febrero de 1987, que se emprendan acciones enérgicas con la finalidad de restablecer el orden en las universidades, donde, según la prensa gubernamental, «algunos estudiantes se escudan en la religión para imponer su ropaje político, con los colores negros del obscurantismo».

A primeros del mes de marzo, Ghannuchi es detenido, junto con varias decenas de estudiantes, considerados como promotores de disturbios. Irán no tardará en ser acusado y, el 26 de marzo, se toma la decisión de expulsar a dos diplomáticos sospechosos de haber incitado a algunos «extremistas» y «marginales» a cometer «actos que pretenden sembrar la confusión ideológica, la anarquía y la sedición confesional», a raíz de descubrirse una red khomeinista, sospechosa de tener ramificaciones en el Ejército, procediéndose a más de 500 detenciones.

De forma paralela, Burguiba decide llevar la lucha al terreno doctrinal. Crea un Consejo Superior Islámico, que deberá «profundizar la reflexión» sobre los medios de consolidar el islam en Túnez, y «salvaguardar la sana orientación» de su pueblo, «apartándolo tanto del fanatismo como del laxismo». Y aprueba un proyecto de ley relativo a la Dirección de Asuntos Religiosos, que pasa a depender del Ministerio del Interior, que dirige el general Zine al-Abidine Ben Alí.

Pero la agitación continúa, en particular en el mes del Ramadán, que en ese año cae en el mes mayo. Grupos de jóvenes organizan en la capital «marchas», que en algunas ocasiones no llegan a recorrer más que varios centenares de metros, pero que dan lugar a numerosas detenciones, que se saldan ante los Tribunales de Derecho Común, con penas de prisión, mientras que el Tribunal de Seguridad del Estado comienza, a primeros de junio, a instruir el proceso contra Ghannuchi y otros 80 miembros del MTI, también detenidos.

El MTI distribuye el día 17 de junio un comunicado destinado a justificar su actitud y a denunciar los rigores que, según asegura, se ejercen contra él: se trataría, afirma, de una «campaña de liquidación»; como Túnez no ha conocido jamás, «incluso en tiempos de la colonización»; el texto hace mención de malos tratos, presiones morales ejercidas sobre las familias, e incluso, sin precisar más, de asesinatos.

El movimiento según este documento, se limita a llevar a cabo «una acción de formación general» y a reforzar y divulgar «las concepciones islámicas»; por otra parte, el ejercicio de la competición política «es un derecho reconocido por la Constitución» y el deseo de acceder al poder, «un objetivo de toda formación política», que no tiene nada de ilegal. El movimiento solicita desde su fundación un reconocimiento oficial, con la finalidad de llevar a cabo legítimamente «una acción pública y organizada sobre la escena política.» Por otra parte, según afirma, no ha podido probarse ni el complot, ni la colusión con Irán. Si se ha procedido a aprobar y a apoyar a la revolución iraní contra la tiranía del Sha, el MTI declara no aprobar por completo el régimen actual; en efecto, él se basa en el islam suní, al que sus dirigentes y adherentes se sienten unidos; así pues es crítico con el islam shií con algunos rasgos del régimen de Teherán:

«Su manifiesto dogmatismo, su intolerancia, su orientación política, basada sobre la concepción de la infalibilidad del imam, situado por encima de todas las instituciones.»

Ante la situación planteada, los islamistas deciden dar un golpe simbólico. El lugar elegido es la ciudad de Monastir, villa natal de Burguiba y en plena sesión estival. La fecha elegida, el 2 de agosto, día del cumpleaños del presidente. En esa fecha y en ese lugar, se hacen estallar una serie de bombas en los hoteles «Hana Beach», «Hannibal Palace», «Le Kuriat» y el «Sahara Beach». El resultado, 13 personas heridas, pero 12 son turistas ingleses e italianos. Acusado, el MTI rechaza toda responsabilidad en los atentados, pero detenidos dos sospechosos, confiesan la autoría y reconocen pertenecer al movimiento, aunque a continuación manifestarán que sus confesiones les han sido arrancadas por medio de la tortura. Afirmarán que no han querido matar, sino solamente asustar a unos turistas indecentes. Continúan las manifestaciones y la que tiene lugar en la capital, el día 20 de agosto, reviste una cierta importancia.

El 27 del mes de agosto, ante el Tribunal de Seguridad del Estado, se abre el proceso, que será retrasado al día 1 de septiembre, contra los miembros del MTI, en total 90 personas, de las cuales 50 están presentes y todas pueden ser condenadas a muerte. Entre los cargos retenidos figuran especialmente:

«Atentados con objeto de cambiar la forma del Gobierno e invitación a los ciudadanos a armarse, los unos contra los otros y provocar los desórdenes, el pillaje y la muerte sobre el territorio nacional, en inteligencia con una potencia extranjera..., la constitución de depósitos de armas, la pertenencia a una organización no reconocida, ultrajes al jefe del Estado y a los miembros del Gobierno, la difusión de libelos y de falsas noticias». Por último se precisa que el MTI había planificado, programado y organizado las diferentes etapas que debían llevarle a «derribar el régimen para sustituirlo por un régimen de tipo islámico, recurriendo a todas las formas de violencia física e intelectual.»

Las sesiones del juicio tuvieron una duración de mes y medio. Durante ellas, Ghannuchi dejó bien claro que él había hecho el sacrificio de su vida y que sería «el mártir de las mezquitas». Condenó los atentados y la violencias, pero añadió que también conciernen a «la violencia oficial», de la que algunos de sus compañeros se han quejado. En su declaración final, advirtió que:

«Si el Tribunal dicta su veredicto, es Alá quien, en el más allá, nos juzgará a todos. Le doy gracias por haberme permitido participar en la fundación del MTI, movimiento a favor de la paz, de la libertad y de la democracia. Condeno la violencia, venga de donde venga, como medio para resolver los conflictos políticos. Recomiendo a todos mis amigos que, cualquiera que sea el veredicto, no piensen en la venganza, ya que mi sangre regará esta tierra de una manera benéfica. Agradezco a todos aquellos que se han mantenido a nuestro lado en esta prueba, especialmente a las abnegadas fuerzas por la paz y la libertad.»

La vuelta brutal a la represión impuesta por el presidente Burguiba, en contraste, desató la radicalización del movimiento. La expresión extrema de este proceso fue la ruptura entre el movimiento en su estrategia legalista y la elaboración, como respuesta al extremismo de Burguiba, de un intento de derrocamiento del jefe del Estado, para acelerar a cualquier precio la llegada del periodo pos Burguiba. Si la implicación de un cierto número de oficiales quedó demostrada por las detenciones de 73 oficiales y con la muerte bajo tortura, de un comandante en servicio activo, la importancia de la implicación institucional

del Ejército continúa siendo desconocida. Ni el portavoz del MTI, que rechazó cualquier tipo de precisiones, ni el portavoz del régimen, quien de forma manifiesta trató de minimizar la acción del MTI, han permitido una clara reconstrucción de lo que había sucedido. Para los medios del MTI, fue el pretexto de una preventiva contraviolencia, que su movimiento no deseaba, de cualquier modo, explotar para tomar el poder, que considerando la relación de fuerzas, habría sido un regalo envenenado. Para el líder del MTI, Salah Karkar:

«Fue un escenario a la sudanesa». «Estábamos contra el enfrentamiento directo con las autoridades. Pero daba la sensación de que el Gobierno y especialmente Burguiba lo deseaban». Al parecer, había dicho a sus íntimos: «Si yo no consigo eliminar a los islamistas durante mis días, vosotros nunca lo lograréis». No hay forma humana de imaginarse lo que sucedió en Túnez entre los meses de marzo y octubre de 1987. Fue el terror [...]. «Fuimos muy conscientes de que si hacíamos algo, incluso en legítima defensa, las autoridades tomarían esto como un pretexto para desencadenar una escalada y hacer que la situación fuera explosiva.»

Para Habib Mokni, representante del movimiento en París:

«Burguiba se había convertido en una bomba con efecto retardado. Estaba allí, estaba decidido, todo el mundo lo vio. Pero nadie hizo nada para desactivarlo. Dejar a Burguiba realizar su locura, era una irresponsabilidad. Todos eran unánimes, tanto en el interior como en el exterior, sobre que Burguiba debía abandonar. Incluso los amigos de Burguiba, incluso sus ministros parecían estar de acuerdo, pero nadie movía un dedo [...]. Hasta el último minuto lo aplazamos y fue solamente al final, porque no era el movimiento el único amenazado, sino el país entero, cuando llegamos a la convicción de que era necesario moverse. No tomando el poder, eso estaba fuera de consideración, sino destituyendo a Burguiba y devolviendo el poder político al país. Había que eliminar a Burguiba. Lo teníamos claro. No se le debía hacer daño. Nosotros no estábamos dispuestos a asumir la herencia de Burguiba. Eramos incapaces de resolver los problemas del país. Por esta razón, era necesario que todos participaran [...]. Instaurar un gobierno de salvación pública, de salvación nacional, un régimen parlamentario en el que participaran todos los partidos políticos. La estrategia del movimiento era eliminar a Burguiba, no como persona, sino como sistema de decisión. Y sustituir esta estructura por: digámoslo, el partido en el poder, el Partido Desturiano, el MDS, los populares, el MUP 1, el MUP 2, los independientes. Se mantendrían unos ministros y se destituiría a otros que son verdaderos fascistas [...]. Teníamos un escenario. Y las cosas llegaban a ser cada vez más precisas: los hombres, las personalidades, los ex ministros [...]. No sabemos si fue nuestro intento lo que desató a Ben Alí. Está todavía por clarificar.»

El día 2 de septiembre, el gran proceso de los islamistas termina con un veredicto relativamente clemente, a pesar de dictar varias condenas a muerte. El primer ministro, Rachid Sfar es destituido por su falta de firmeza.

El día 2 de octubre, Burguiba nombra primer ministro a Ben Alí, ministro del Interior. Él puede movilizar al Ejército frente al peligro islamista. Por primera vez, desde la independencia, el poder civil no tiene la primacía. Burguiba exige de su nuevo primer ministro abrir un segundo proceso, con la intención de conseguir la ejecución de Rachid Ghannuchi, que

se ha librado de ella en el primer veredicto. Ben Alí resiste, considerando que una decisión semejante, puede desencadenar una guerra civil. Por otra parte, sabe que el entorno presidencial está conspirando para conseguir su destitución.

*Cuarta etapa. Del 7 de noviembre de 1987 a nuestros días*

El día 7 de noviembre del año 1987, el primer ministro, general Ben Alí, con el concurso del general Habib Ammar, jefe de la Guardia Nacional, y del general Abdelhamid Eschsheikh, jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, destituye al jefe del Estado, invocando el artículo 57 de la Constitución. Anuncia la noticia al país por la radio, dando lectura al siguiente comunicado:

«Ante la senilidad y la agravación de su estado y fundándose sobre el informe médico correspondiente, el deber nacional nos impone declararle en la incapacidad absoluta para asumir los deberes de la Presidencia de la República.»

El pueblo respira y los tunecinos rápidamente califican al nuevo régimen como la II República.

El paso dado por Ben Alí en ese momento, pudiera haber estado motivado por la necesidad de adelantarse a otros golpes que se estaban preparando. Al parecer, el entorno de Burguiba estaba considerando la necesidad de sustituirlo. Por otra parte, el MTI, al parecer había decidido pasar a la acción, como se desprende de las manifestaciones de algunos de sus líderes. Por último, y siempre al parecer, había un círculo de oficiales, que estaban preparando la acción, como lo atestiguan las 73 detenciones efectuadas en los primeros días del nuevo régimen.

El primer pensamiento del nuevo poseedor del poder fue interrumpir la espiral progresiva de la represión, olvidándose de su paso por la Jefatura de los Servicios de Seguridad y por el Ministerio del Interior. Y esto sin que significara que concedía demasiada satisfacción al MTI, para no suscitar las reticencias de la oposición laica, cuyo acceso a la escena política, el nuevo régimen deseaba aumentar, precisamente para obtener su apoyo contra los islamistas.

El proceso de renovación de la estructura del moribundo partido único y de apertura a las personalidades «independientes» a su izquierda, implicaba ofrecer unas garantías suficientes posteriormente. Pero ahí el margen del nuevo presidente era estrecho, especialmente porque, él mismo se había mantenido demasiado explícito, atacando los privilegios de la todavía activa «vieja guardia» de los desturianos. El análisis de la actuación de Ben Alí en el tiempo nos permite señalar, que puso de manifiesto la vieja paradoja de «cambio en la continuidad», garantizando un «estado de gracia» para todos los movimientos, pero en un contexto económico, que dejó poco tiempo para que dieran resultados las recetas de los «políticos».

En lo que se refiere al islam y a los islamistas, el nuevo régimen diseña una aproximación en tres direcciones: rehabilitación y reafirmación del islam, en tanto que religión nacional; actitud más conciliadora con respecto a lo que, por primera vez, se considera un islamismo moderado; y finalmente, la mayor firmeza, pero esta vez en el plan legal más que en el represivo, frente a toda forma de subversión en nombre del islam.

Si en un principio hubo ciertas reservas y temores, de una parte y de otra, todo hizo presagiar una cierta entente, a partir de la liberación de Ghannuchi. Ben Alí declaró en cierta

ocasión que solamente en dos ocasiones había desobedecido a Burguiba: la primera vez, cuando el presidente le ordenó la disolución de la LTDH y la segunda vez cuando se opuso a la condena a muerte de Rachid Ghannuchi.

Por otra parte, la actitud de la dirección islamista con respecto al presidente Ben Ali fue clara e inmediata, considerando «la acción del día 7 de noviembre como un acontecimiento histórico» e, incluso, fue más lejos, estimando que en efecto:

«Si el mundo político ha visto en esta acción la respuesta a una aspiración popular para el cambio, nuestro movimiento ha visto en ella, además de esto, un acto divino destinado a salvar al país de una guerra civil creada y mantenida por el antiguo presidente». Y por primera vez, el MTI se dirige al jefe del Estado para expresarle su entera disposición para «volver la página del pasado, dialogar sin reservas y sin complejos, apoyar la estabilidad y la seguridad en el país y contribuir a la realización de lo que comporta vuestro llamamiento del día 7 de noviembre.»

En las horas y en los días que siguieron a la marcha de Burguiba a su residencia en Mornag, a 30 kilómetros de Túnez, se produjeron una serie de espectaculares rupturas con el régimen anterior. Así, la fiesta nacional, que honraba la vuelta de Burguiba a Túnez, se cambió al día actual de la independencia tunecina. Varias fiestas conmemorando episodios de la vida privada y pública de Burguiba (nacimiento, etc.) fueron simplemente suprimidas.

Después de los símbolos del culto a la personalidad del «Combatiente Supremo», le llegó el turno a los símbolos del laicismo. Hubo una reintroducción de los símbolos del islam, que se extendieron desde el *bismillah*, que se hacía llegar en cada aparición pública del presidente, hasta las *shuras* del Corán, que con frecuencia marcaban el cierre de los programas de televisión. Las cámaras de televisión mostraron con insistencia al presidente haciendo la oración o la peregrinación a La Meca. El acceso de los *muezines* a los medios audiovisuales; la retransmisión de la oración del viernes; la vuelta de la Dirección de Asuntos Religiosos del Ministerio del Interior a la oficina del primer ministro, la promesa de dar a la Facultad de Teología de la Zituna, el rango de Universidad independiente y el aumento del papel político del nuevo Consejo de los *ulemas*. Todo eso fue seguido, por supuesto, de una larga serie de declaraciones magnificando el papel de la cultura árabe y musulmana, que fueron admitidas por todas las formaciones políticas, incluido el PCT.

Por parte del Estado hay hasta seis concesiones, en el tiempo, para los islamistas. En primer lugar una amnistía general para todos los detenidos pertenecientes al movimiento, incluso los militares. Ghannuchi fue liberado el día de la fiesta de *Aid al-Fitr*, en el mes de mayo de 1988. El movimiento fue autorizado a sentarse —concretamente Mokni— en el Consejo Superior Islámico, órgano consultivo, creado por el Gobierno para todo lo que se refería a asuntos religiosos. De igual manera, los islamistas tomarán parte en la elaboración del pacto nacional, en la que han participado todos los partidos políticos tunecinos y que fija los principios generales sobre los que se va a basar la actividad política. El movimiento islamista va a tomar parte, en principio, en las elecciones legislativas del año 1989, poniendo fin a su «periodo clandestino.» La organización estudiantil UGTE obtiene la autorización para acceder a la legalidad. Por último, se autoriza la publicación del periódico *Al Fajr*, órgano del movimiento islamista, por una decisión oficial de enero de 1990. El periódico desaparecerá en el mes de enero del año siguiente.

De forma paralela a las satisfacciones concedidas a los islamistas, el Gobierno va a multiplicar sus medidas de liberalización política: fin de la Presidencia «perpetua» y elección presidencial por sufragio universal, por una duración de cinco años, reelegible por dos mandatos sucesivos y menor de 70 años; abolición del Tribunal de Seguridad del Estado y del cargo y funciones de procurador general de la República; liberalización de la legislación sobre el período de detención; creación de un Consejo Constitucional; reconciliación con algunos de los exiliados políticos (Dris Guiga, la familia M'Zali, la viuda de Ben Youssef, amnistía para Ahmed Ben Salah, después de 15 años de exilio, por deseo expreso de Ben Alí y contra la opinión de algunos de sus ministros); al líder sindical Habib Achur se le concedió la libertad de movimientos y a su competidor, Buraui, se le invitó a reconciliarse con él; a la UGET —organización estudiantil izquierdista— se le permitió mantener reuniones en público y además a contrastar sus pareceres con la UGTE, creada por los islamistas en el año 1985; levantamiento de las acciones legales contra Khemais Chamani, secretario general de la LTDH; la supresión de las multas contra la prensa, dictadas con anterioridad al día 7 de noviembre del año 1987; adopción de un estatuto concediendo a la prensa una gran autonomía y proporcionando una subvención a los periódicos de oposición.

El instrumento para recoger los beneficios de todas estas operaciones fue una nueva versión del PSD, rebautizado a finales de febrero de 1988, como Agrupación Constitucional Democrática (RCD). Este nuevo partido político estaba destinado a ofrecer a la izquierda y a sus formaciones laicas la fundación de un nuevo régimen.

Las concesiones hechas al movimiento islamista se pararon ahí y el régimen no parecía dispuesto a ir más allá. Al mismo tiempo, los partidos laicos de la oposición, que temían el exceso que podía resultar de las concesiones a los islamistas, empezaron a movilizarse para que el régimen estableciera claramente los límites del recentrado de su posición sobre la religión. El día 18 de marzo de 1988, 40 profesores universitarios, representando a las distintas formaciones políticas, publicaron una larga declaración razonando sobre «la necesaria separación entre el islam y la política» y la obligación de preservar vigorosamente los logros conseguidos y contenidos en el Código del Estatuto Personal. Pocos días antes, en un artículo publicado en el periódico en lengua árabe, *As Sabah*, se anunciaba el inicio de un debate con objeto de prohibir la adopción. El 19 de marzo del mismo año, en vísperas de la fiesta nacional, Ben Alí, en un discurso televisado, puso fin al recentrado de su política cultural, definiendo por primera vez los límites dentro de los cuales intentaba situar su acción desde aquel momento:

«No se pondrá en duda, ni se abandonará, lo que Túnez ha sido capaz de conseguir para el provecho de las mujeres y de la familia. El Código del Estatuto Personal es un logro al que estamos ligados. Estamos orgullosos de él y de él sacamos un verdadero orgullo.»

Ya se había dictado una nueva regulación de las mezquitas, prohibiendo su utilización, en principio, fuera de las horas de la oración, por organizaciones, que no hubieran recibido previamente una autorización expresa. En el mes de mayo de 1988, la Asamblea Nacional aprobó una ley sobre los partidos políticos. En su artículo 2, establecía que cualquier organización, que pretendiera su reconocimiento legal, como partido político, debía comprometerse a defender «todos los logros de la nación, y especialmente, el Código del Estatuto Personal». Incluso más efectivo, el artículo 3 declaraba que «ningún partido tiene derecho



a referirse en sus principios, sus objetivos, su acción o su programa, a la religión, lengua, raza o región». El acceso del MTI a la escena política, como partido legalizado, quedaba cerrado.

En lo que se refiere a la legalización del MTI, el poder ha dudado mucho. El jefe del Estado, en alguna ocasión, ha manifestado que era un tema que había estudiado mucho y ha llegado a declarar que no se opondría, desde el momento que se cumplieran los requisitos requeridos. Hay que decir que durante un cierto tiempo tuvieron lugar una serie de debates en el interior del islamismo tunecino, y se desplegaron una serie de esfuerzos para adaptarlo a las exigencias del momento, al menos en lo que se refiere a los aspectos formales, tales como el cambio de nombre del MTI, que se convierte en el Partido de la Revolución (*Al-Nahdha*) febrero de 1989, el abandono del grupo de seguridad por parte del movimiento, la aceptación del Código del Estatuto Personal. En una palabra, una opción para ganarse la confianza de las autoridades.

El día 7 de noviembre de 1988, con ocasión del primer aniversario del cambio, el jefe del Estado anuncia las elecciones legislativas y presidenciales anticipadas para el día 2 de abril del año 1989 y procede a la firma del pacto nacional con todas las formaciones, incluso el MTI. Ben Alí desea de forma manifiesta la apertura y predica con el ejemplo, nombrando ministro de Sanidad al doctor Zmerli, presidente de la LTDH, y confía diversas responsabilidades a personalidades de la oposición. Pero no pudiendo ignorar el peso del RCD, nombra primer ministro a Hedi Baccuche.

En el pensamiento de Ben Alí, el primer test electoral de su mandato iba a permitirle la medida de su doble estrategia de apertura hacia la oposición laica y la ideológica alrededor de los islamistas. El escenario imaginado era de una democratización controlada al «estilo egipcio», en la que una izquierda moderada —en franca pérdida de fuerza— podría llegar a tener alguna representación en el Parlamento. El paso dado añadiría credibilidad a la dimensión democrática del antiguo partido gobernante, renovado ampliamente y dispuesto a unir sus fuerzas a aquellas del régimen, con la finalidad de hacer frente a la oleada islamista.

Sin concederle a los islamistas el visto bueno para formar un partido político, estaba dispuesto a permitirle la participación a través de las listas de los independientes. Esto significaba el principio de un cambio. Como el sistema de escrutinio mayoritario favorecía la elección de un parlamento del RCD, el poder sometió a los partidos dos propuestas: en la primera, planteaba unas elecciones proporcionales ampliadas, que podrían abrir el camino a realizar enmiendas del Código Electoral. Cuando el MDS rechazó la proposición, exigiendo unas elecciones sobre la base de otro tipo de escrutinio, entonces el poder sugirió la constitución de un frente electoral común, que reagrupara a todos los partidos firmantes del pacto nacional.

*Al-Nahdha* aceptó la segunda fórmula y participar en las elecciones en el seno de un frente electoral. No obstante, cuando los partidos implicados se reunieron, el MDS de Ahmed Mestiri, rechazó la idea del frente y afirmó que su partido prefería participar en las elecciones por separado.

Fue en este momento, cuando se produce un cambio importante e imprevisto en la política de *Al-Nahdha*. Después de haber aceptado el principio de no participar en las elecciones,

pasando por no oponerse a apoyar las listas del RCD, para obtener a cambio su legalización y su decisión final de integrarse en el frente común, el movimiento islamista vuelve sobre sus posiciones y decide formar listas independientes.

Ha pasado bruscamente de una participación simbólica en algunas circunscripciones, a la presentación de listas en todas las circunscripciones, de modo que, en algunas de ellas, fueron las únicas concurrentes a las del partido en el poder, tanto a nivel local como nacional. A señalar que los candidatos islamistas no se limitaron a unos discursos electorales moderados, sino que abundaron en propósitos, en total contradicción con las declaraciones hechas por los dirigentes del movimiento, durante la firma del pacto nacional, especialmente en materia de derechos de la mujer y del hombre, en general.

Para los islamistas, las elecciones son un ejercicio para su movimiento que se compromete, por primera vez en su historia, en este nuevo tipo de lucha política:

«Somos la vanguardia de las fuerzas del cambio, debemos medir el impacto real de nuestras ideas, nuestra propia fuerza electoral y el impacto que los militantes podrían tener sobre las instituciones estatales por medio del acto del voto. Se hace un llamamiento a los militantes a movilizarse para romper con la actitud de expectativa y jugar el papel que les impone la etapa actual.»

En un segundo comunicado, los dirigentes islamistas hacían un llamamiento a la consolidación del proceso democrático y a la preparación de un clima favorable para el reconocimiento del movimiento, así como a:

«Participar en la composición del nuevo Parlamento, que apoyaría las libertades, las causas justas del pueblo y defendería la identidad islámica del país; incitar a las masas a esta práctica política; transmitir una serie de mensajes relativos a la identidad, las libertades, las cuestiones palestina y afgana; ejercer la práctica política y el trabajo con las masas y con los otros partidos; verificar la existencia de nombres sobre las listas electorales; movilizar a las gentes, convencerlas para que se inscriban y explicarles la importancia del voto; movilizar el mayor número de ciudadanos, esencialmente a los “desheredados”, los jóvenes y los habituales de las mezquitas.»

Las consignas y directivas dirigidas a los militantes y simpatizante islamistas requieren hacer algunas observaciones. El tono y el vocabulario utilizados dan idea de un cierta madurez política y nos ilustran un poco sobre la ideología islamista y sobre las características de sus militantes. Así, hablando del voto, utilizan la expresión «esta práctica política», lo que viene a decir que no tiene nada que ver con sus ideas, no porque las elecciones libres no se hayan celebrado nunca en Túnez, sino porque no corresponden al esquema islamista del poder, «Dios es la fuente de todo poder».

El texto en árabe, al estar escrito en imperativo, constituye una orden para los militantes, y la obligación lleva aneja una sanción, en caso de no cumplimiento. Presenta *Al-Nahdha* una buena estructura, disponía de un número de militantes y de simpatizantes mucho más importante que el resto de los partidos de la oposición y además, estaba presente en 17 de las 25 circunscripciones.

Los islamistas habían constituido sus listas en un tiempo récord. Sus candidatos eran, por regla general, personas de un nivel intelectual apreciable (abogados, médicos, ingenieros, profesores y maestros). Estos candidatos no eran todos islamistas. En su conjunto repre-

sentaban a tres tipos de islam. El islam liberal, por Abderrahmane Hila, abogado muy popular en Túnez. El islam tradicional, en la persona del *sheik* Lakhua, diplomado y antiguo *sheik* de la Zituna y salido de la alta burguesía tunecina. Por último, el islam político que correspondía más a la imagen de *Al-Nahdha*, representado por Moncef Sliiti, ingeniero y periodista del semanario *Le Magreb*. Pero además, los islamistas se las habían arreglado para colocar, en todas las listas de independientes, a candidatos de su partido.

La campaña electoral estuvo dominada por tres ideas fuerza: identidad, democracia y desarrollo. La identidad árabe-musulmana, como les gusta decir a los islamistas, aparecía en todos los carteles electorales de los independientes, como si el pueblo tunecino tuviera dudas sobre su pertenencia a la civilización árabe-musulmana. Fue el RCD, el que más ha hecho la competencia a los islamistas sobre este tema. El RCD reprochaba a los islamistas el hecho de mezclar la política y la religión. Los islamistas, por su parte, reprochaban al RCD su alejamiento del islam, a pesar de los gestos, tales como la rehabilitación de la Zituna, el llamamiento a la oración en la televisión y la creación del Consejo Nacional Islámico.

El tema de la democratización no ha sido tan sorprendente como tema electoral, en la medida de que, en la declaración del día 7 de noviembre, se había proclamado el pluralismo político. Todos los partidos lo consideraban como un logro alcanzado, pero no era percibido, ni presentado de la misma manera.

Para el RCD, el cambio era su obra, su elección y Ben Alí quien lo había realizado. Los islamistas veían en el cambio la consagración de una lucha, que les había opuesto a Bourguiba, una etapa de un proceso que se había terminado en su provecho. La ola de represión contra sus militantes fue ampliamente evocada durante la campaña electoral. Su lugar en el tablero político tunecino estaba suficientemente justificado por el hecho de que, habían «ofrecido» mártires para la «causa de la democracia». Es decir que, si había democracia y pluralismo, era gracias a los islamistas.

El tema del desarrollo económico ha constituido curiosamente el gran vacío, dado que exceptuando al RCD, ningún partido ha presentado una alternativa claramente definida. Los candidatos islamistas, sin presentar una alternativa económica real, se han contentado con hacer promesas concretas, que tenían relación con la vida diaria de los electores, para lo que les hacía falta tener mayoría en la Asamblea. Así, prometieron transportes gratuitos en Sfax, soluciones al problema de la crisis de alojamientos y ayuda económica a los más desfavorecidos en Ben Arus, pero sin decir, de que manera lo iban a hacer.

La propaganda islamista ha demostrado claramente que, la finalidad de la acción islamista era distinguir al creyente del no creyente. Han dejado entrever que eran los únicos aptos para hablar de religión, y se han visto cada vez más tentados, de confiscar el campo religioso y de atribuirse la representación de los creyentes. A pocos días del escrutinio, la impresión general era que los islamistas, a pesar de su apoyo al cambio, que habían juzgado positivo, habían presentado un discurso, que estaba en completa ruptura con la declaración del día 7 de noviembre y con el pacto nacional.

El día 31 de marzo, fecha del cierre de la campaña electoral, se ha podido constatar que existían dos fuerzas políticas: el RCD y *Al-Nahdha*. Los medios de que disponían los dos partidos, los mensajes que habían lanzado de forma, más o menos directa, casi ignorando al resto de partidos en liza, constituían una realidad que no engañaba a nadie.

La participación en las elecciones fue del 76,15%. Ben Alí obtuvo el 99,27% de los votos. Los 141 parlamentarios, por otra parte, fueron del RCD. El MSD sólo obtuvo el 3,76%. Los islamistas consiguieron el 14% de los votos, aún cuando reclamaron con una cierta credibilidad, que su verdadero resultado debía situarse entre el 30 y el 32%. En Túnez y Ben Arus los datos, que fueron recusados, concedían el 50% de los votos a los independientes y el 65% en El Uardia y Kabaria. En Gabes, el hermano de Ghannuchi consiguió el 27% de los votos. En Gafsa y Monastir, las listas de independientes alcanzaron el 20% y en Sussa y Bizerta, el 25%. «En las plazas de donde no fuimos expulsados, los resultados fueron tan altos como el 70%» (Karkar, París, agosto de 1991).

Los resultados de las elecciones dejaron atónita a la clase política tunecina ya que, detrás del renovado partido del presidente Ben Alí, la segunda fuerza política del país no era la llamada izquierda secular, sino la corriente que el destituido Bourguiba había tratado de erradicar y que su sucesor había creído poder vaciar de sus poderes de movilización. Esta constatación no debe llevarnos a realizar juicios exagerados. Con unos 300.000 votos, sobre los dos millones de votos válidos, *Al-Nahdha* no podía pretender —si se tiene en cuenta la ley electoral— más que 24 diputados sobre los 141, según el sistema electoral proporcional y solamente 13, según el sistema combinado que sería adoptado para el futuro.

La oposición no islamista, vio sus esperanzas colapsadas para el futuro. Las cinco formaciones del centro fueron capaces solamente de recoger, en total, el 5,3% de los votos, de los cuales más o menos el 4% fueron para el MDS. Incluso si hubo acusaciones de que los resultados no fueron correctos, se puede decir que no fueron infundados (por ejemplo, el candidato principal del MDS, Ahmed Mestiri recibió solamente un 6% de los votos en su circunscripción de Túnez). El MDS había llegado a ser claramente una víctima de la efectividad de la apertura política llevada a cabo por el presidente Ben Alí.

Otra enseñanza de los resultados de las elecciones fue la renovación relativa del RCD, partido en el poder, que había sido «salvado» y reactivado desde el día 7 de noviembre, hasta el punto de convertirse en la fuerza hegemónica del país, controlando el 60% de las zonas urbanas y ostentando el dominio total del resto del país, aunque los islamistas hubieran progresado en la capital, las grandes ciudades costeras y algunas ciudades irredentas del Sur.

Los islamistas, aunque decepcionados, reconocieron su fracaso. Su jefe decía:

«El 17% de los votos constituye una victoria sin duda, porque más que el número de los votos, los islamistas son ganadores, porque han movilizado unas fuerzas que sin ellos, no habrían participado en las elecciones. El solo hecho de haber movilizado franjas que hasta aquí estaban marginadas, constituye una victoria.»

Tres meses más tarde, el segundo hombre del movimiento, Abdelfattah Muru expresaba su decepción:

«Cuando estábamos preocupados por los equilibrios políticos y que no se pretendían más diez o quince escaños en el Parlamento, no hemos llegado ni siquiera a alcanzar ese objetivo.»

A medida que el tiempo ha ido pasando, se ha notado una tendencia a la exageración retrospectiva de los resultados. Rachid Ghannucci declaraba que:

«*Al-Nahdha* era la parte más perjudicada, en la medida en que era el partido de la mayoría, que ha conseguido el 60% de los sufragios en Túnez.»

Más tarde declararía a Gilles Millet, del periódico *Libération*:

«Somos un movimiento político que quiere alcanzar el poder por medios políticos. Un partido mayoritario, como el nuestro que tiene el 80% del pueblo tunecino detrás de él, no tiene necesidad de utilizar la violencia.»

El precipitado incremento de su base, creó en los islamistas alguna tensión en el núcleo central del partido, reforzando el componente tradicionalista. La prolongada ausencia del líder titular del movimiento fue incluso atribuida por algunos observadores, en cierto momento, a la intensidad de los debates. No obstante, la razón de la prolongada ausencia del líder ha sido explicado suficientemente por los principales dirigentes. Según Mokni y Karkar, fue a raíz de una decisión tomada, en forma debida, por el *Majlis-Es-Shura*, por la que se pensó que sería más oportuno para Rachid Ghannuchi, que había recibido una inesperada autorización para dejar el país, que permaneciera en el extranjero, con la finalidad de abogar por la causa del movimiento, antes que arriesgarse a ser privado de su libertad de movimiento o a ser detenido. Desde el momento en que dejó el país, Ghannuchi dejó de ejercer el control directo ejecutivo sobre el movimiento, incluso aunque su autoridad moral permaneció intacta:

«Las autoridades me pusieron ante un dilema, el enfrentamiento o el exilio. Elegí el camino de una prolongada estancia en el extranjero, para evitarle al país las muy predecibles consecuencias del enfrentamiento.»

El día 8 de junio de 1989, al *Al-Nahdha* le fue rechazada, nuevamente, la autorización, apoyándose en la ley orgánica de 3 de mayo del año 1988, relativa a los partidos políticos, y cuyo artículo 7 dispone que los fundadores y dirigentes de estas formaciones no deben haber sido condenados, por crimen o delito a más de tres meses de prisión. Ahora bien, al menos 15 de los 20 miembros fundadores de *Al-Nahdha*, de los cuales el mismo Rachid Ghannuchi, han sufrido condenas de este tipo. Es verdad que, desde el día 27 de junio, se ha votado una amnistía general, que los dirigentes de *Al-Nahdha* podían invocar. No obstante, no harían nada; sin duda consideraron más rentable pasar a una semiclandestinidad.

Otras formaciones, inspiradas en la ideología de los Hermanos Musulmanes actúan en Túnez. Se efectúan varias detenciones en el mes de junio, en Bizerta, Sussa y Beja, entre los seguidores de un PLI, dependiente de una organización islamista de Jordania. A principios del mes de julio, en las afueras de la capital, son detenidos jóvenes propagandistas de *Al-Nahdha*, sorprendidos durante unas reuniones secretas.

En el mes de agosto, mientras que Rachid Ghannuchi participa en Argel en la tradicional «semana del pensamiento islámico», y toma contacto con el Frente Islámico de Salvación (FIS), *Al-Nahdha* distribuye, en Túnez, un folleto denunciando «las medidas arbitrarias y las provocaciones» de las que los propagandistas y simpatizantes serían víctimas; revocación de profesores y de predicadores, traslados arbitrarios de funcionarios, cierres de establecimientos comerciales, incidentes suscitados en las mezquitas por los agentes del Gobierno. La información oficial niega todo fundamento a estas alegaciones, pero el rumor público persiste en dejar constancia del estado de represión larvada que se estaba ejerciendo. En el congreso secreto de Sfax, del mes mayo de 1989, Ghannuchi había sido sus-

tituido por Sadok Churu y esto bajo la bandera de «en adelante nada de política sin la fuerza». Una estrategia militar y paramilitar se estaba poniendo a punto para, al parecer, obtener por las armas, lo que parecía irremediabilmente perdido por la política, para recuperar por la fuerza lo que se les había escapado por el acto del día 7 de noviembre y, después, por el resultado del proceso electoral.

Se trataba para los islamistas de jugar la última carta, pues de otra manera, el movimiento estaría condenado a la marginalidad de una vez para siempre. Rachid Ghannuchi, en unas declaraciones, vino a confirmar este análisis:

«Hasta aquí, no buscábamos más que un tendérete y no lo hemos conseguido. Ahora, es todo el mercado lo que queremos.»

Con ocasión de la fiesta nacional, el día 22 de julio, Ben Alí clarificó su rechazo en términos que ha definido, más o menos, su actitud desde entonces. Señaló Ben Alí:

«Se debe recalcar claramente... que nada justifica la constitución de una formación mientras no se haya definido el modelo de sociedad que tiene en el pensamiento, clarificada su posición frente a un cierto número de cuestiones primordiales y mientras no se haya comprometido en respetar la igualdad en derechos y obligaciones de los ciudadanos y el principio de tolerancia y de libertad de conciencia, de acuerdo con las disposiciones del pacto nacional. Debe también comprometerse, de forma inequívoca a respetar las disposiciones de la ley y a trabajar en la salvaguardia de las instituciones republicanas, de la independencia nacional y de la invulnerabilidad del país.»

Es difícil evaluar todas las razones que justificaban la opción estratégica del movimiento islamista, pero los peligros que encerraba eran demasiado evidentes. Si un proceder semejante había podido contribuir a desestabilizar el régimen de Bourguiba, no podía tener los mismos resultados con el nuevo régimen de Ben Alí. El movimiento islamista había subestimado la fuerza de un régimen que en tres años había renovado la dirección, diversificado la base y puesto su discurso y su práctica al diapason de la evolución social. El movimiento había sobrevalorado sus fuerzas, puesto que no solamente, por la dificultad de reclutamiento, había tenido que recurrir a unos dirigentes ya «quemados», sino que también había montado unas operaciones, que habían contribuido de forma clara a suscitar el repudio de la opinión pública.

La antigua Dirección del Culto, organismo administrativo de poco prestigio, se sustituyó por una Secretaría de Estado de Asuntos Religiosos y se confió a un hombre político, Kamel Busnina, miembro del comité central del RCD. El Consejo Superior Islámico vio sus competencias y atribuciones ampliamente aumentadas. Los medios audiovisuales introdujeron en sus emisiones los llamamientos a la oración. La Zituna volvió a ser una Universidad islámica de gran prestigio. Un puesto de delegado para asuntos religiosos se creó en cada provincia, con la finalidad de concretar en el conjunto del país, la solicitud del Estado con respecto a los predicadores y empleados de las mezquitas.

Por medio de la prensa oficiosa, el Gobierno trató de hacer notar que, aplicándose a dar al islam «el lugar que merece», consideraba que esta «rehabilitación» se efectuaba en una atmósfera tranquila, exenta de demagogias partidarias:

«Si estas medidas tienden a reforzar los valores espirituales del tunecino y su confianza en la solidez de su identidad, esto no puede hacerse y no se hará más que, en

la serenidad y en el marco de una tolerancia total, conforme a los preceptos de la religión y en armonía con las disposiciones legales y constitucionales del país. Lo que hace condenables, tanto desde el punto de vista del islam como de la ley, todo cálculo y todo uso de la religión para fines políticos.» (Editorial de *La Presse*, Túnez, 5 de agosto del año 1989).

El día 2 agosto de 1989 se celebra un seminario sobre la hégira, organizado por la Universidad de la Zituna. En el discurso de apertura, Kamel Busnina, recomienda multiplicar las manifestaciones religiosas de esta naturaleza, ya que contribuyen a dar a la juventud «una verdadera educación religiosa», fundada sobre los valores islámicos, que caracterizan esencialmente la moderación y la tolerancia. En el discurso de cierre del seminario, el general Abdelhamid Eschscheikh, en aquel momento ministro de Asuntos Exteriores, afirma que la organización del seminario en el marco de la Zituna:

«Da testimonio de la nueva orientación civilizacional, la cual ha suscitado la rehabilitación de esta Mezquita-Universidad y ha reconciliado a la sociedad tunecina musulmana con los valores del islam y su prestigiosa historia.»

El Consejo Superior Islámico, reunido el día 14 de agosto, bajo la presidencia de Tuhami Nagra, presidente de la Universidad de la Zituna, estudia las posibles modalidades para «una justa visión del islam»: reforma de los programas de enseñanza religiosa, conferencias, coloquios, edición de un periódico, publicación de folletos, exponiendo las obligaciones religiosas, la jurisprudencia musulmana y las reglas de la moral.

El día 5 de septiembre de 1989, se abre en Túnez una conferencia nacional de predicadores, bajo la presidencia del primer ministro, Hedi Baccuche. Después de haber recordado que, según las directivas presidenciales, los predicadores tienen un papel de orientación y de edificación, «con vistas a la extinción de los hogares de sedición y de difusión de los preceptos islámicos de tolerancia, hermandad y concordia», el jefe del Gobierno indica que otras reuniones similares seguirán en los escalones nacionales, regionales y locales, con la finalidad de que se pueda realizar una práctica moderna de la predicación y de la orientación religiosa «en una sociedad islámica viva y tolerante.» La conferencia de clausura, corrió a cargo del secretario de Estado de Asuntos Religiosos, Kacel Busnina, quien insistió sobre los esfuerzos desplegados con la finalidad de asegurar a los predicadores y a los demás responsables de los asuntos religiosos, una formación científica apropiada, y procurarles toda la documentación necesaria. En sus resoluciones finales, la conferencia preconiza la creación de un centro nacional de formación, una amplia difusión de la documentación necesaria, y la dotación de bibliotecas para todas las mezquitas.

El día 11 de abril de 1989, Mohamed Charfi es nombrado ministro de Enseñanza y de la Investigación. Con este nombramiento, el presidente Ben Alí pretende no sólo inaugurar una reforma global, con objetivos muy ambiciosos, de la educación nacional, considerada como la base indispensable del desarrollo integral, sino que también busca hacer más armoniosa y auténtica la concepción que la juventud tunecina tenga del islam. Mohamed Charfi considera que al alumno tunecino se le deben dar, desde el principio de la escolaridad, las nociones que le permitan llegar a ser un musulmán perfectamente ilustrado, consciente y responsable. En conexión con el Consejo Superior Islámico, da nuevas directivas con la finalidad de establecer programas de educación islámica. En efecto, él considera que el alumno, «tomando conciencia del sentido de su pertenencia al islam sea guiado por

la razón y dispuesto a practicar la *ijtihad*, el esfuerzo de interpretación, y que llegue a ser consciente de la dimensión humanitaria del islam». En adelante, el esfuerzo de interpretación, situado en un puesto de honor por los grandes doctores reformistas de principios de siglo, será enseñado a los alumnos, al mismo tiempo que el Corán, de manera que accedan inmediatamente a las concepciones modernas, abiertas y liberales del islam.

El día 27 de septiembre de 1989, el presidente Ben Alí nombra primer ministro al doctor Hamed Karui, en sustitución de Hedi Baccuche, que había permanecido en el cargo desde el 7 de noviembre de 1987. La actitud del poder continúa siendo firme y cuatro días antes de su toma de posesión, Hamed Karui, a la sazón ministro de Justicia, declaraba:

«Es el Estado quien es el protector del islam. Nadie tiene el derecho de monopolizar el islam y de hablar en su nombre.»

El 7 de noviembre del año 1989, el presidente Ben Alí confirmaba esta orientación:

«La política es un lugar de competición entre unos valores relativos. Por el contrario, la religión representa una suma de valores eternos que no pueden ser negociados. El islam, religión de todos, no debe convertirse en un motivo de concurrencia y de demagogia, ni, *a fortiori*, servir de trampolín con la finalidad de acceder al poder. El único defensor de la religión de los tunecinos, es el Estado, el Estado de todos los tunecinos, que vela por preservar y proteger la fe, y administrar los asuntos del culto en una completa fidelidad a sus sublimes enseñanzas. Le repetimos a aquellos que confunden religión y política que no hay lugar en Túnez para un partido religioso.»

El Gobierno continuó con su política y así, se reafirmó la prohibición de *Al-Nahdha* y se presentó la supresión de la prohibición (dictada en el año 1979) de la publicación islamista, como un gesto preliminar «proponiendo permitir al movimiento mostrar su legalismo.» A pesar de la autorización concedida, el primer número de *Al-Fajr* (La aurora) tardó en aparecer. Ningún impresor quería aceptar el riesgo de mostrar la solidaridad con un grupo, que el régimen presentaba diariamente como su enemigo número uno. La distribución fue también limitada a 40.000 copias, pero la velocidad con que fue vendida, dio la impresión de que había alcanzado a mucho más público. El día 10 de noviembre de 1990, el periódico fue confiscado a causa de un comunicado común del MDS, PCT y MUP, en el que se hacía un llamamiento para reforzar la movilización contra el Gobierno. El director de la publicación, *Hamadi Jabali*, fue condenado dos veces. La primera el día 6 de octubre de 1990, por un artículo de Ghannuchi, criticando al Gobierno y la segunda el 4 de enero de 1991, después haber sido acusado de «haber ofendido al servicio público de la justicia», con un artículo de Mohamed Nuri, pidiendo la disolución del Tribunal Militar. La suspensión *sine die* fue dictada a primeros del año 1991.

Al analizar la situación a la que llegaron las relaciones entre el poder y el movimiento islamista, es conveniente considerar el error estratégico cometido por el movimiento durante su experiencia electoral. Había recurrido a unos métodos que habían suscitado las inquietudes de las autoridades y la alarma en la elite política, pasando bruscamente de un partido político, buscando conseguir su legalización y algunos escaños en el Parlamento a un movimiento que había querido jugar el papel de fuerza dominante. El movimiento no se había contentado con hacer la oposición, sino que se veía ya investido de la competencia y de la legalidad necesarias como para considerarse la gran mayoría en el seno del Parlamento, incluso pretendiendo que el cambio del día 7 de noviembre hubiera sido incon-



cebible sin él. Las bases del movimiento estuvieron poseídas por el virus de la prisa y de la precipitación. El poder apareció ante sus ojos como un fruto maduro, que había llegado el tiempo de recoger. A partir de ese momento, el equilibrio se rompió.

El Gobierno tunecino llevó a cabo una política a dos niveles. Si frente al núcleo duro del movimiento la postura del régimen se endureció, la posición gubernamental presentó unas acciones más conciliadoras, dirigidas a los componentes, que se consideraban más favorables a la conciliación. Así, Abdelfattah Muru aceptó un puesto en el Consejo Superior Islámico, el primer paso que le llevaría meses más tarde a romper con su partido.

El día 3 de marzo de 1990 se produce en Túnez una remodelación del gabinete, que permite a Ben Alí confiar los puestos de seguridad del Gobierno, a sus más próximos colaboradores. El general Abdelhamid Eschscheikh, ex jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, el día 7 de noviembre, se convirtió en ministro del Interior y Abdallah Kallel, hasta entonces secretario general de la Presidencia, se convirtió en ministro de Defensa. Poco después fue cuando se adoptó un «plan para la lucha contra las corrientes religiosas extremistas». Este plan, que identificaba la maldad como «ni religión ni política, sino el enlace que los islamistas habían hecho entre las dos», creaba una estructura orgánica, incluyendo una secreta coordinación entre varios organismos del Estado y del partido gobernante, para llevar a cabo una contraofensiva generalizada contra el principal desafío político. Se insistió en el peligro de una confrontación directa entre el jefe del Estado y los islamistas, lo que podía, sin proponérselo, darle más peso al movimiento. Se proponía crear o reforzar «las líneas avanzadas de defensa» con organizaciones tales como, la LTDH y organizaciones feministas en el corazón de la sociedad civil, de las que el Gobierno aceptaría un cierto grado de desacuerdo.

El día 7 de noviembre de 1990, el presidente Ben Alí parece querer dar la impresión de que el problema del islamismo ha perdido su acuidad: observa que *Al-Nahdha* ha podido publicar un periódico y fundar una asociación de estudiantes: el poder, pues, ni sordo a la expresión de las ideas, ni cerrado al examen de las reivindicaciones. Pero la educación, la enseñanza en toda su amplitud, la investigación, constituyen las prioridades absolutas:

«El desarrollo no podría ser realizado, declara el jefe del Estado, en tanto que las facultades del hombre no sean liberadas de sus ataduras artificiales, y en tanto que no hayamos accedido a las recientes adquisiciones del espíritu, procuradas por las técnicas modernas, adquisiciones que le permiten situarse sobre lo real, con la finalidad de suprimir la pobreza, la ignorancia y la enfermedad...»

El día 11 de noviembre del año 1990, Mohamed Charfi, en un discurso en Mahdia, recomienda a las organizaciones de estudiantes:

«Renunciar a la violencia, respetar las opiniones adversas y procurar la libertad de los cursos y abstenerse de realizar huelgas salvajes... Toda huelga universitaria significa una paralización de la marcha del pueblo tunecino hacia el progreso... Cada demócrata debe dejar de jugar a ser espectador y denunciar el comportamiento indigno de los pretendidos defensores del extremismo religioso, que atacan a las personas y a los bienes del Estado... Y la oposición debe plenamente jugar su papel, favoreciendo el establecimiento de las relaciones democráticas.»

El día 24 de noviembre de 1990, el presidente Ben Alí anunció su intención de constituir un comité de organización de la vida universitaria, en el seno del cual todos los partidos ten-

drán la posibilidad de asumir sus responsabilidades y expresar totalmente sus opiniones. La detención el día 18 de diciembre de 1990, cerca de la mezquita de *Sahebtaba*, en el barrio periférico de Halfaouine, de los miembros de un pequeño grupo, con armas y explosivos —robados de una cantera— y cuyo jefe, Abdelwahab Mejri, al parecer, había declarado a la policía que estaba «en contacto» con *Al-Nahdha*, prestó credibilidad a la tesis de un «complot armado islamista.» Es muy posible e incluso probable que los canales clandestinos de importación —especialmente desde Francia— hubieran sido establecidos, pero el argumento de un complot armado islamista no fue suficiente para justificar el hecho de que la represión fuese erigida como único estilo del proceder del Gobierno.

El día 26 de diciembre de 1990, Ben Alí reanudó las campañas de detenciones masivas que habían caracterizado al régimen burguibista. Después del anuncio del desmantelamiento de una red islamista en el Ejército, la Policía y las Aduanas —el temor a un golpe militar llevó al presidente Ben Alí a multiplicar las investigaciones individuales en el Cuerpo de Oficiales y Suboficiales, doscientos dirigentes del movimiento islamista fueron detenidos, entre ellos, Alí-Laaridh que ya había sido detenido el día 27 de octubre y liberado dos días más tarde—, Ziad Dulati y Zakaria Bu Alleg, a quienes las autoridades consideraban como los representantes de la tendencia dura del movimiento. Hamadi Jabali y Abdelfattah Muru, a quienes el Gobierno confiaba en separar del movimiento, fueron significativamente dejados en paz.

A principios del año 1991, el acertado manejo que el régimen hizo de la crisis del Golfo, que constituyó el telón de fondo político para este periodo, creó la ilusión de que los islamistas estaban perdiendo velocidad. Varios errores cometidos por los líderes islamistas, que tuvieron dificultades de comunicación con sus bases, mientras estaban sometidos a una represión sin precedentes, ayudó a acentuar la impresión y confortó a los estrategas del RCD, incluyendo al ministro de Cultura, Mohamed Charfi. La represión se intensificó alcanzando alrededor de 6.000 detenciones. Para Abderrauf Bulaabi, miembro de la dirección del movimiento en el exilio, la represión fue cuantitativamente superior, pero de inferior calidad. El régimen había conseguido un mejor conocimiento de la estructura militante del movimiento.

Además de la experiencia electoral, dos experiencias exógenas vinieron a profundizar en la ruptura y a precipitar la deriva y después la descomposición del movimiento islamista: la guerra del Golfo y el impacto del FIS argelino sobre la escena política.

Como todos los movimientos islamistas, el movimiento tunecino tenía tradicionalmente unos lazos expresivos con los medios del Golfo, un mismo discurso, una misma ética religiosa y una gran convergencia de intereses. Por el contrario, eran hostiles a Saddam Hussein, tanto por su autoritarismo como, sobre todo, por sus posiciones pseudolaicas. La crisis del Golfo va a forzar a los islamistas a elegir entre la lógica de la afinidad y la del interés. No podían en adelante mantener un discurso populista y, al mismo tiempo, apoyar a los rentistas del petróleo apoyados por Estados Unidos. En Túnez, mientras la parte más tradicional del movimiento permanecía, más o menos en línea con la solidaridad impuesta por la lógica inicial del conflicto, o al menos para su formal expresión (la agresión contra los regímenes «buenos islamistas» del Golfo por el régimen «ateo» del Partido Baathista de Irak) y dudaban en distanciarse del campo de la coalición, el componente más político de la corriente, que al mismo tiempo, parecía ser la inmensa mayoría, rápidamente desa-

rolló una lectura diferente de la crisis. Vieron como la intervención occidental intentaba romper el único poder militar árabe, capaz de cambiar la corriente de «desequilibrio» en la relación de fuerzas en Oriente Medio. Esto les llevó a permanecer silenciosos, en lo referente a sus inmediatas solidaridades o intereses y a apoyar a un régimen iraquí, cuya legitimidad no había sido, *a priori*, claramente establecida. Esta visión fue, poco a poco, impuesta igualmente sobre el componente tradicionalista del movimiento, que salió debilitado de la confrontación, mientras que el componente nacionalista, que parecía ser el único que podía conectar los centros directivos de la corriente con la potencial mayoría electoral, vio su credibilidad fortalecida, pero las dudas existieron y pasaron a través de la estructura de dirección del movimiento, cuya reacción a los acontecimientos fue lenta y, en ocasiones, desorganizada. Apoyando la causa de Saddam Hussein, el movimiento esperaba que la movilización de la calle se haría en detrimento del régimen y que éste daría pruebas de incumplimiento de sus deberes nacionales.

Ghannuchi, en sus discursos y escritos de esta época cayó en los peores extremos, borrando la imagen que había procurado darse, de ser un islamista, que cree en la democracia, en los derechos del hombre, en las instituciones y en la evolución por etapas: un islamista moderado y conciliador. Adoptando las posiciones de los Hermanos Musulmanes, se sintió atenazado y le dio la espalda a todos los regímenes árabes y musulmanes, aliados de Arabia Saudí. Ésta no tardó en reaccionar, cortándole los apoyos, lo que ocasionó la escisión de los moderados, como Abdelfattah Muru.

Se ha sabido después que el régimen tunecino, como la mayor parte de los gobiernos magrebíes, se había opuesto a la opción militar, como medio de resolver la crisis del Golfo, y con esto se había anticipado y había confortado a la opinión popular. Conviene señalar que, desde el principio, la apuesta principal de la guerra del Golfo ha sido la conquista de la opinión pública, más que cualquier otra cosa. Los islamistas han visto la ocasión, a costa de la demagogia, de batir al régimen en la escena nacional. Este último, por su parte, no podía caer en la trampa; ha sido necesario, con el riesgo de decepcionar a los medios occidentales, dar la ocasión a la calle de expresar su indignación con respecto a la coalición, que practicaba la política de «dos pesos, dos medidas».

Una vez que se impidió que *Al-Nahdha* recuperara el «pueblo», el Gobierno pasó a la ofensiva, consiguiendo descubrir depósitos de armas, y procediendo a un desmantelamiento del movimiento islamista, de una forma más seria y sistemática. El régimen había decidido tomar la iniciativa. No contentándose ya con borrar las pintadas, arrancar los carteles, secuestrar los panfletos distribuidos y dispersar a los manifestantes, la Administración decidió responder a la escalada con una «contra-escalada»: detener a los activistas, secuestrar el material de imprenta, impedir toda forma de manifestación. La consigna que se dio, fue: la mejor defensa es el ataque. Con esta estrategia el régimen consiguió que los islamistas perdieran la universidad y la calle.

El día 17 de febrero de 1991, una de las oficinas del RCD, que los islamistas conocían que estaba en el núcleo de la represión, fue incendiada. El suceso no era nuevo y similares incidentes, tolerados, si no ordenados por el aparato del partido, habían tenido ya lugar en varias ocasiones durante las semanas precedentes. Pero esta vez, uno de los dos guardianes murió, quemado en la oficina. Hubo informes contradictorios sobre si había sido atado previamente. El episodio dio la señal para una escalada sin precedentes de la repre-

sión, dirigida contra el movimiento islamista. Por primera vez, el régimen marcó los puntos, un hecho que se reconoce hoy por los miembros de *Al-Nahdha* en el exilio, incluso quitando credibilidad a la importancia dada al episodio por el régimen. Nejmeddine Hamruni, uno de los líderes de la UGTE, señala que:

«Bab Suika fue un acto de desesperación, que el Estado supo explotar particularmente bien [...]. Había habido numerosas manifestaciones. Los enfrentamientos con la policía fueron muy violentos. En el mes de septiembre murió T. Hamassi, en enero Salaheddine Babai con un tiro en la frente en Sfax. Después fue Mabruk Al-Zemzemi y la parálisis de Ibrahim Lakhier por un tiro en la espalda. Éste era el contexto. Se trató de decir que alguno de estos jóvenes habían atado al guardián y lo habían rociado con gasolina para matarlo». «El Estado fue capaz de explotar este suceso para justificar la represión contra Abdelfattah Muru y sus compañeros. Si un acto de agitación hubiera dejado a un millar de personas abrasadas, no habría tenido el mismo efecto, porque habría sido un acto de violencia revolucionaria, pero allí se trataba de un acto de violencia desesperada, que podría afectar al movimiento social en su conjunto. El Estado lo comprendió perfectamente y lo explotó. Para comprender el impacto de Bab Suika, es necesario darse cuenta del extraordinario impacto de las imágenes.»

En el año 1987, habíamos conseguido organizar una huelga de 17 días en la Facultad de Medicina, lugar poco apropiado para organizar una huelga. Lo habíamos conseguido gracias a que disponíamos de las fotografías de la autopsia de un estudiante, Othman Ben Mahmud, muerto por la policía. En el asunto de Bab Suika, el Gobierno explotó la foto del cuerpo del abrasado militante del RCD, más allá de cualquier límite. El efecto Bab Suika fue reducido el 8 de mayo por el efecto de otra serie de «grabados» contra el Estado: los de Ahmed Belamri y Adnan Said, muertos por disparos en el pecho; el de Gellal, muerto de un disparo en la cabeza [...]. Aunque estas imágenes no fueron mostradas en la televisión, el pueblo lo sabía [...]. El día 7 de marzo, a Abdelfattah Muru, llamado por la policía, se le invitó a que se separase públicamente del movimiento o que asumiera las responsabilidades de un asesinato. Muru se desplomó y estuvo de acuerdo en anunciar «una congelación de su participación» en *Al-Nahdha* y criticó públicamente el recurso a la violencia de su partido, en las columnas de *Jeune Afrique*, el día 12 de junio de 1991:

«Rachid Ghannuchi siempre rechazó dialogar. Eligió recurrir a la violencia. Pero hay otros islamistas que quieren iniciar un diálogo con los autoridades... Yo, por ejemplo.»

Para Mokni y Karkar, la ruptura de Muru y de otros miembros del *Majlis-Es-Shura*, fue esencialmente el resultado de la presión policial y que, a ellos les faltó el temperamento para seguir resistiendo. Al parecer, Muru sufrió torturas psicológicas muy intensas durante un interrogatorio, al final del cual perdió el conocimiento. Entre otras cosas, la policía le amenazó con violar a su esposa. A Muru en su desertión se le unieron poco después otros miembros del *Majlis-Es-Shuar*, como Fadel Beldi, Benaïssa, Labidi y Bhiri. Poco después, Muru aclaró sus diferencias y se opuso abiertamente a la línea seguida por la dirección externa y anunció su deseo de crear su propio partido. Nunca se le dio la legalización y, por otra parte, a pesar de su alineación con el régimen fue acusado, unos meses más tarde de tener relaciones sexuales en la alfombra de la oración, en su oficina de abogado y un vídeo, que al parecer demostraba la evidencia, fue enviado a los medios de comunicación nacionales e internacionales.

El día 29 de marzo de 1991, el descubrimiento de «productos químicos con la finalidad de fabricar cócteles molotov» y de «folletos hostiles al Gobierno» en las oficinas de la UGTE y en varios dormitorios universitarios, a pesar de las posiciones conciliatorias que la UGTE había adoptado durante el año universitario prometiendo especialmente excluir las huelgas de los medios de movilización durante el año determinó que la dirección del sindicato estudiantil fuese disuelta.

Entre el 8 y el 12 de mayo de 1991, tres estudiantes murieron por arma de fuego, durante los enfrentamientos con la policía en el *campus* de Túnez y otros dos en Sussa y Kairuan. El día 10 de mayo de 1991, la oposición en el exilio publicó un duro comunicado que fue firmado conjuntamente por Ghannuchi, M'Zali y Ahmed Ben Salah. El día 18 de mayo de 1991, en su discurso de clausura de la quinta sesión del comité central del RCD, el jefe del Estado, solemnemente, renovó la tesis de que un complot estaba en marcha, anunciando el descubrimiento de que uno nuevo se estaba preparando. Al parecer, un misil *Stinger* había sido traído desde Afganistán a Túnez, donde iba a ser utilizado contra el avión presidencial.

Cuatro días después, se llevó a cabo una nueva ola de detenciones, de las que un centenar eran militares con graduación hasta comandante. El día 24 de mayo de 1991, un mandato de detención internacional fue lanzado contra diez líderes de *Al-Nahdha*, que incluía a Ghannuchi, Mokni, Karkar y Chammam. El día 15 de junio de 1991, se hizo un llamamiento a los gobernadores provinciales para que se «enfrentaran a la sedición islamista» y el día 24 de junio de 1991, se hizo un llamamiento al Ejército para «proteger las instituciones constitucionales».

Al mismo tiempo, las formaciones de la oposición no islamista, que había boicoteado por completo las elecciones parciales en el año 1990 y las elecciones municipales del día 11 de junio de 1990, las listas del RCD obtuvieron el 98,2% de los escaños en 244 de los 246 municipalidades, provocando un artículo de Rachid Ghannuchi en el órgano de *Al-Nahdha*, condenando la situación, lo que fue suficiente para secuestrar el periódico, aún cuando habían sido objeto de una consideración sin límites, por parte de las autoridades y no se habían dado cuenta de ello. Si, desde el exilio, M'Zali y Ben Salah, que estaban cada vez más próximos a Ghannuchi, no habían hecho ninguna concesión, los miembros del MDS y con ellos un gran número de intelectuales de la antigua oposición a Bourguiba, habían estado jugando la carta de renovar las relaciones, cada vez de forma más abierta. El día 16 de abril de 1991, una financiación de 80.000 dinares tunecinos se concedió a seis partidos legales de la oposición y se les prometió, que se les daría acceso a los medios oficiales, participación en los consejos económicos y sociales y diversas facilidades administrativas. Fueron especialmente asociados a la regulación de la crisis universitaria y Mohamed Moadda, sucesor de Ahmed Mestiri al frente del MDS, aceptó la presidencia de una comisión nacional encargada de proponer soluciones.

Un año después de la terminación de la guerra del Golfo pareció, poco a poco, que el Gobierno había, una vez más, sobreestimado el impacto de su ofensiva y, un poco como en Argelia, durante el verano del año 1991, había confundido erróneamente el efecto de la desorganización, que se había provocado con éxito en la dirección, con el daño a la credibilidad política del movimiento como un todo.

Otro acontecimiento externo a Túnez y que tuvo su influencia sobre el movimiento islamista, aumentando sus esperanzas y haciendo a sus activistas mucho más audaces, fue la legalización del FIS argelino y su participación, con éxito, en las consultas electorales de los años 1990 y 1991. Pero, tanto los islamistas como los políticos, y entre ellos Ahmed Ben Salah, que habían apostado por la victoria del FIS y el efecto dominó, que se iba a producir en toda la región, iban pronto a desencantarse. El mismo Rachid Ghannuchi, con la mente puesta en Túnez, aseguraba que los islamistas argelinos habían cometido un grave error, al ignorar las fuerzas sociales enemigas. Comportándose como un movimiento de masas, capaz de conducir manifestaciones y activando ciertas corrientes de la opinión pública, el FIS había ignorado las fuerzas cualitativas, que constituían la estructura del sistema político y en particular, el Ejército, la comunidad bereber y las clases medias argelinas. Estas fuerzas estaban muy lejos de adherirse al discurso de los islamistas. La aproximación «cuantitativa» de los islamistas, que ignoraron el equilibrio de fuerzas los llevó al fracaso:

«Esto conducirá a un golpe de fuerza del Ejército o a un movimiento de huelga. Si algún día el FIS llega al poder, nada garantiza que los sindicatos, de los que no tienen el control, no estén en condiciones de explotar las dificultades económicas para realizar huelgas continuas. Los bereberes —por su parte— podrían comprometerse en un movimiento de secesión y podrían beneficiarse de un apoyo internacional.»

Todo esto había llevado a Ghannuchi a concluir:

«El asunto argelino nos ha hecho un muy mal servicio, y ha dado a nuestro enemigo la ocasión de aparecer como amenazado y que Occidente tenga necesidad de él, para hacer frente a este peligro que sube desde Argelia hacia Europa.»

El líder islamista tunecino reconocía que su movimiento había administrado muy mal la experiencia electoral del año 1989. El objetivo no estaba bien definido. Podía participar en las elecciones y conseguir de 5 a 15 escaños en el Parlamento. Pero también podía ser que la participación buscara solamente el reconocimiento del movimiento. De todas maneras, los medios empleados fueron desmesurados y las técnicas utilizadas contraproducentes. La responsabilidad del movimiento en su propio fracaso está reconocida.

«Un movimiento que participa en las elecciones, incluso de manera indirecta, debe tomar en consideración todo el resultado de su experiencia.»

Reconocía igualmente que la guerra del Golfo, que habría aumentado la hostilidad de Occidente contra el «fundamentalismo», había sido recuperada por el régimen y desplegada en su beneficio:

«La crisis del Golfo habría sembrado la confusión de una forma indiscutible en nuestras previsiones.»

Por el contrario ella ha dado al presidente Ben Alí un margen de maniobra que le ha permitido unificar la oposición en torno a él, reforzar su imagen en términos de solidaridad con la nación árabe y colocar a *Al-Nahdha* en una situación defensiva.

Han existido, pues, una serie de factores históricos y sociológicos, pero en particular la gestión del tema electoral, sobre el plano interno, que habrán consagrado el divorcio entre los protagonistas. Todo ha sucedido, como si, habiéndose dado cuenta de que el poder se les escapaba, una primera vez, el día 7 de noviembre de 1987, y que las elecciones legis-

lativas del año 1989, no iban más que a consagrar esta pérdida, los líderes islamistas hubieran elegido contar con los acontecimientos exteriores para salir adelante: la guerra del Golfo y la ascensión del FIS, sin hablar de la ideología de los derechos del hombre, utilizada como caballo de batalla. Pero incluso en eso, todo hace pensar que al término de esta larga confrontación, los islamistas estaban condenados a perder la batalla.

Desde el punto de vista de los islamistas y especialmente, después de la experiencia electoral, se pueden contar tres momentos:

- Entre diciembre de 1989 y el final de 1990, se establece la apuesta.
- Entre diciembre de 1990 y septiembre de 1991, es la confrontación.
- De octubre de 1991 a mayo de 1992, es la *minha* o el desmantelamiento penoso del movimiento.

Para el ministro de Estado y ministro del Interior, Abdallah Kallel, la causa estaba comprendida:

«Después, todo está en calma. Se han producido los procesos, el de *Al-Nahdha* y el del comando, 274 condenas en total. Así pues, el núcleo está en prisión. Los demás han comprendido que los islamistas les había engañado y habían destrozado su vida. Ellos se han convertido en los más feroces adversarios del integrismo. Ahora, si se quieren ver integristas tunecinos, es preciso ir a Londres, donde se encuentra Ghan-nuchi, y sobre todo a París, donde se encuentran Mohamed Chaman, Salah Karkar, Habib Mokni y una cuarentena de sus cómplices, que Argelia ha expulsado en mayo de 1992 y que Francia ha acogido con una sorprendente buena voluntad.»

El día 7 de noviembre de 1993, el presidente Ben Alí, durante la ceremonia organizada en el Palacio de Cartago, con motivo del sexto aniversario del «cambio», se dirige a la nación, haciendo un balance del camino recorrido y pidiendo el apoyo de los tunecinos para emprender las tareas que quedan por hacer. Anuncia la celebración de elecciones presidenciales y legislativas el 20 de marzo de 1994, coincidiendo con el aniversario de la independencia del país. En estas elecciones se va a poner en práctica un nuevo sistema de escrutinio. Era necesario, a los ojos de la clase política tunecina, que la oposición legal tuviera la posibilidad de entrar en la Cámara, pero sin que esto supusiera que el RCD perdiera su predominio en la Cámara. La modificación del sistema electoral fue aprobada por la ley orgánica del día 27 de diciembre de 1993. En primer lugar, el número de diputados se fijó en 163, es decir un escaño por cada 52.500 habitantes. El país se dividió en 25 circunscripciones, correspondiendo a cada una de las *wilayas*, con excepción de las de Túnez y de Sfax, que contaban cada una con dos circunscripciones. Sobre los 163 diputados, 144 serán elegidos en el marco de las 25 circunscripciones, con escrutinio de lista mayoritaria a una vuelta, y sobre la base de un escaño por cada 60.000 habitantes. El número de escaños atribuidos a cada circunscripción varía entre dos y diez. Los 19 escaños restantes son atribuidos a nivel nacional. A este respecto, cada partido suma, a escala nacional, el número de votos que ha obtenido en cada circunscripción, en la que su lista no ha sido elegida. El número de votos obtenido por cada partido, a nivel nacional, determina la proporción de los 19 escaños a los que tiene derecho, por lo tanto, la distribución de estos escaños se hace por el sistema proporcional.

Este modo de escrutinio, híbrido y de alguna manera extraño, implantado por el régimen, le permite alcanzar cuatro objetivos políticos principales:

1. El más importante es el de crear las apariencias de una apertura política.
2. Crear una situación de rivalidad intensa entre los seis partidos políticos de la oposición legal. Éstos están forzados a competir por los 16 escaños atribuidos a nivel nacional. De esta manera, la oposición compite con ella misma, pero no con el RCD.
3. El sistema favorece claramente a los partidos políticos por referencia a las listas de independientes, que fueron «el caballo de Troya» de los islamistas en las elecciones del año 1989. Al ser estas listas autónomas, no pueden sumar los votos conseguidos a nivel nacional, perdiendo toda posibilidad de verse atribuir alguno de los 19 escaños reservados a nivel nacional.
4. Por último, el sistema compromete a los partidos de la oposición que se ven obligados a aceptar el hecho de que sea el poder quien les permite entrar en el Parlamento, más que el voto popular. El modo de escrutinio elegido representa también un sistema de cooptación de las elites.

Los resultados de las elecciones fueron los siguientes:

- Elección presidencial: el presidente Ben Alí fue elegido con el 99,91% de los votos emitidos.
- Elecciones legislativas: el RCD consiguió el 97,73% (2.768.667) de los votos emitidos, y por tanto los 144 escaños del Parlamento. Los partidos de la oposición obtuvieron, en total, el 2,27% (64.204) de los votos restantes, distribuyéndose los 19 escaños de la siguiente manera: MDS (10), Movimiento Ettajdid (4), Unión Democrática Universitaria (3) y Partido Unión Patriótica (2).

La victoria aplastante del partido en el poder era previsible, pero los resultados obtenidos nos dan idea de un sistema con un partido único, aunque se haya maquillado el panorama político, presentando una serie de partidos políticos, que por el momento no están desempeñando más que el papel de comparsas. Para algunos políticos tunecinos de los partidos de la oposición legal, el día 7 de noviembre de 1987 lo que verdaderamente se produjo fue un «cambio en la continuidad.»

El presidente Ben Alí concedió una entrevista al *Financial Times*, en agosto del año 1994, durante la cual contestó a una serie de preguntas sobre temas como, democracia, integrismo, relaciones con Europa, con los otros países árabes y especialmente con los del Magreb.

En relación con el integrismo, lo considera como una enfermedad, «si tenéis buena salud y estáis fuerte, no os alcanzará. Y como tenemos un cuerpo sano, no hay razón para temer por cualquier cosa». Considera que el integrismo se debe, más que a causas religiosas, a motivos sociales y económicos, especialmente allí donde hay «bolsas de pobreza». Afirma que los integristas son los enemigos de la democracia y que luchan por enviar a la población a la Edad Media. Se ha reafirmado en su decisión de que «mientras yo esté aquí, continuaré combatiendo, para impedir la creación de un partido religioso. Es mi convicción». Por último ha señalado que, ya en los años setenta redactó un informe sobre los integristas y el peligro que representaban.

El día 24 de enero de 1995, el presidente Ben Alí ha procedido a una reorganización ministerial, que en opinión de los analistas políticos podría ser el preludio de una apertura política. El cambio más llamativo ha sido el del ministro del Interior, Abdallah Kallel, que ha sido



nombrado ministro de Estado, sin atribuciones precisas. Kallel había ayudado a Ben Alí, el 7 de noviembre del año 1987, a separar del poder a Habib Burguiba, por «senilidad» y, posteriormente, mantuvo la cartera de Interior, al mismo tiempo que escalaba puestos en el nuevo partido —RCD— que gobierna en Túnez, desde el «cambio.» Ha sido nombrado para sustituirlo, Mohamed Jegham, ministro de Turismo desde julio de 1988. Se trata de un hombre sin verdadero pasado político, apreciado por su moderación y su competencia. Será asistido en sus funciones por un secretario de Estado, encargado de la seguridad, Mohamed Alí Ganzoui, patrón de los servicios secretos, cuyas desavenencias con el ministro saliente eran evidentes.

El día 11 de febrero de 1995, un comando de islamistas argelinos atacaron el puesto fronterizo de Tamerza, localidad del sur de Túnez, situada a cinco kilómetros de la frontera. Los asaltantes, en número desconocido, aprovecharon el momento de la ruptura del ayuno para lanzar su ataque, degollando a seis guardias nacionales y huyeron, llevándose armas y municiones. La operación, que no fue reivindicada, permitió a los líderes islamistas tunecinos, en el exilio, darle al atentado un sentido político, que posiblemente no tenía en principio. Así, Rachid Ghannuchi, desde Londres, acusó al Gobierno tunecino de haber «intervenido» en el conflicto argelino, «ayudando a Argel a llevar a cabo la ofensiva contra los islamistas», proporcionándole «especialistas en la lucha antiterrorista.» Al parecer, en un reciente enfrentamiento en Argelia, de las fuerzas de seguridad contra los islamistas del Grupo Islámico Armado (GIA), éstos habrían descubierto, al registrar a sus víctimas, que uno de los militares de la patrulla, por sus papeles y armamento, era tunecino. El ataque habría sido la «respuesta» y la advertencia de los islamistas argelinos al presidente Ben Alí.

En las elecciones municipales celebradas en Túnez en el mes de mayo de 1995, los partidos de la oposición legal no consiguieron más que seis concejales, sobre un total de 4.090, resultado que estaba en línea con los obtenidos, por esta misma oposición en los pasados comicios del mes de marzo de 1994, para cubrir los escaños del Parlamento.

En el mes de marzo de 1995, tuvo lugar en Bonn un congreso extraordinario de *Al-Nahdha* al que asistieron unos 50 islamistas tunecinos, que se encuentran en el exilio, en diferentes países europeos. Al parecer, los asistentes están considerados ahora como moderados. El congreso eligió a Rachid Ghannuchi, como presidente, aún cuando tiene cada vez menos prestigio entre sus seguidores, y reorganizó la estructura interna del movimiento, que viene a ser la del año 1987, pero reducida solamente al exterior de Túnez.

El congreso diseñó una nueva estrategia, cuya finalidad es la de entablar negociaciones con el Gobierno. Para ello, Ghannuchi sostiene la idea de que el islamismo radical argelino se va a irradiar por todo el Magreb, sin tardar mucho, por lo que considera necesario que en Túnez se establezca una barrera, que impida el efecto dominó. Sobre esta base, Ghannuchi presenta la solución de crear un partido legalizado, del que sería el líder, que recogiera los votos y los ideales de aquellos tunecinos que se sienten próximos a los ideales islamistas. Este partido serviría de cauce al fenómeno islamista y de control de las influencias exteriores, que podrían desestabilizar el régimen. El Gobierno tunecino podría así controlar el fenómeno religioso, dentro de un marco democrático e incluirlo en el juego político. Este partido, en opinión de Ghannuchi, serviría también de barrera para hacer frente a las injerencias islamistas exteriores procedentes de cualquier país.

La estrategia de Ghannuchi se considera de difícil aplicación, conociendo el pensamiento de Ben Alí al respecto. Mientras Ben Alí sea el presidente de la República, se considera improbable la aceptación de la idea de Ghannuchi, que presenta una moderación, de la que se ha olvidado en algunas ocasiones anteriores. Por otra parte, esta misma moderación no está muy bien vista en el mismo seno del movimiento, hasta el punto de que no sería extraño que se produjeran deserciones, como consecuencia de los enfrentamientos que ya se han producido. Si se repasan los acontecimientos del Magreb, de los últimos 50 años, se pueden encontrar ejemplos de partidos y de movimientos, en los que la dirección estaba en Europa y los militantes en alguno de los países del norte de África y que han terminado fraccionándose y desapareciendo. Es muy fácil ordenar desde Europa a unos militantes que están sufriendo el acoso de las fuerzas de seguridad en el país respectivo.

No obstante lo anterior, conviene tener presente que al presidente Ben Alí, según la Constitución, le queda otro mandato de cinco años —hasta el año 2004— y después de ese año, constituye una incógnita lo que pueda suceder, aún cuando la oposición legalizada carece de fuerza para plantear cambios sustanciales.

La vida política en Túnez tiene a la vista dos citas importantes. Se trata de las elecciones presidenciales y legislativas, en el año 1999 y las elecciones municipales en el año 2000. En su discurso del día 7 de noviembre pasado, el presidente Ben Alí ha anunciado una nueva revisión del Código Electoral, en el sentido de que la oposición legalizada pueda aspirar al 20% de los escaños de la Cámara, cualquiera que fueran los resultados de las votaciones. Por otra parte, ha señalado que está considerando el establecimiento de «una fórmula que permita, al menos durante un periodo transitorio, multiplicar las candidaturas a la Presidencia de la República.» El Código Electoral estipula que todo candidato a la Presidencia de la República debe estar apadrinado por 30 grandes electores, entendiendo como tales, a los diputados y a los presidentes de los Consejos Municipales. Ahora bien, la oposición legalizada no cuenta más que con 19 diputados y no tiene ningún presidente de Consejo Municipal. Entonces sería necesario revisar el Código Electoral, hipótesis poco probable, ya que el presidente ha hablado de un «periodo transitorio» o bien, que el candidato salido de la oposición o independiente, fuera apadrinado por grandes electores, miembros del partido gobernante, el RCD.

## **Movimientos Islamistas en Túnez**

### *Movimientos de la Tendencia Islámica (MTI)*

El MTI ha nacido a principios de los años setenta. No obstante, el movimiento ha tardado en constituirse en una organización homogénea y en elaborar su doctrina. Este nombre de MTI fue en principio una pura improvisación, antes de imponerse en la escena política y social tunecina. Sus componentes vienen de todos los horizontes sociales e intelectuales, pero se constata una fuerte presencia de profesores, maestros y estudiantes, de origen urbano y popular. El nacimiento de la corriente coincide con el final de la experiencia colectivista, que conoce Túnez de 1962 a 1969.

La celeridad y la plétora de las reformas, por una parte, y los fracasos sucesivos de los modelos adoptados, de desarrollo económico y social, por otra parte, han acelerado su formación en tanto que grupo:

«En su seno, escribía Dhauadi en el año 1982, había hijos de propietarios desposeídos, de burgueses tradicionales, de comerciantes integrados de forma autoritaria en las cooperativas de los años sesenta, codeándose con militantes de origen popular, urbanos o semi-urbanos, desorientados por el ritmo anhelante del cambio de la vida material y espiritual. La edad media de los militantes se sitúa entre los 20 y los 30 años. Intelectualmente, cuentan en sus filas con elementos formados en el oriente árabe, otros en la universidad tunecina, pero todos han vivido el sobresalto de la juventud intelectual tunecina y la oposición de la izquierda después de las manifestaciones de junio de 1967, y han estado mezclados en el debate de ideas que estos movimientos han desencadenado.»

A las causas internas, que se han evocado, habría que añadir las causas internacionales y árabes: principalmente la derrota árabe de junio de 1967, que ha acabado con las esperanzas del nacionalismo estatal y con el panarabismo:

«La primera víctima, dice el preámbulo de su programa, a lo largo de estas peripecias, fue el islam, eje de nuestra personalidad cultural y nervio motor de nuestra conciencia colectiva. Él ha estado, aunque parezca imposible, alejado de las posiciones de orientación y de dirección efectiva de nuestra realidad, unas veces de una manera lenta y progresiva y, otras veces de forma audaz y provocadora.»

Al principio de los años setenta, su presencia está marcada por unas reivindicaciones «morales»: apertura de mezquitas en los institutos, facultades y *campus* universitarios; reconstrucción y reacondicionamiento de viejas mezquitas abandonadas en pueblos y aldeas.

El movimiento empieza a tener una existencia legal en las «Asociaciones para el Aprendizaje del Corán» y participa en las pláticas de los viernes. Organiza igualmente cursos de religión y anima debates sobre el lugar del islam en la sociedad. Numerosas publicaciones, de carácter legal, llevan a cabo la propagación de sus ideas, por ejemplo *El Mujtama* (La sociedad), *El Ma'rifa* (El saber), etc.

Los discursos de los viernes, los debates que ellos animan por todo el país, sus publicaciones, han llegado a producir un cuerpo de ideas islámicas específicas, tan diferentes de la teología oficial, como de las manifestaciones de la religiosidad popular. Sus discursos están impregnados tanto de los principios del islam (legalidad, igualdad, etc.) como de ciertos aspectos prácticos del modernismo.

En el año 1970, se crea la «Asociación para la Salvaguardia del Corán», que se beneficia del apoyo del Gobierno. En el año 1971, durante su primer congreso, sus dirigentes desarrollan temas ampliamente inspirados de los movimientos fundamentalistas paquistaníes (*Mawdudi*) y de los Hermanos Musulmanes egipcios (Hassan al-Banna, Sayyed Qotb, etc.). Los militantes de la Asociación, que desarrollan su red a través de actividades culturales, piden la construcción de mezquitas, lo que comienza a hacerse, por iniciativa de los poderes públicos.

Otra fase del movimiento comienza a raíz de los sangrantes acontecimientos de enero de 1978. En efecto, el 26 de enero de 1978, se ha producido una gran ruptura entre la población y el poder político: ese día tuvo lugar la huelga general organizada por la UGTT, el Ejército salió a la calle y tiró sobre los manifestantes, en su mayoría jóvenes. Hubo varios

mueritos. La UGTT fue violentamente reprimida. Las mezquitas y las sedes de asociaciones islámicas se van a imponer muy pronto, como los únicos lugares de contestación y de expresión libre. Los sermones de las mezquitas se radicalizan y su tono se hace cada vez más subversivo.

En este contexto, la revolución iraní triunfa y esto acelera al movimiento islamista que, desde entonces, dispone de una más amplia red militante, cada vez más activa, que se beneficia de una serie de apoyos financieros y de solidaridad.

Esta corriente, bautizada inicialmente como el MRI recluta sus militantes más activos entre «las categorías sociales urbanas producidas por el proceso de integración de las economías del Tercer Mundo en el mercado económico internacional», según afirma el sociólogo tunecino Abdelkader Zgal, quien añade:

«Lo más desconcertante es que la punta de lanza de este movimiento no está formado, como se podría creer, por estudiantes de las Facultades de Teología, amenazados por el paro, sino por estudiantes de las Facultades de Ciencias y de los Institutos de Tecnología.»

Generalmente salidos de la pequeña burguesía urbana o semiurbana, viviendo en los límites de la pobreza.

En el mes de noviembre de 1979, el movimiento celebra, clandestinamente sus primeras reuniones en los alrededores de Túnez. Sus principales figuras son: Abdelfattah Muru (abogado), Hassan Ghodbane (abogado), Habib Mokni (periodista) y sobre todo Rachid Ghannuchi (profesor de Filosofía, *emir* del movimiento).

El movimiento llega un momento en que se convierte en un mosaico de organizaciones, de grupos y de corrientes diversas. Además de la fracción mayoritaria, dirigida por Ghannuchi, que llegará a convertirse en el MTI, señalaremos:

- La Tendencia Islámica Progresista, que reclama de un islam «revolucionario» y que sitúa su acción sobre el plano social y cultural. Publica la revista *15/21*.
- El Partido Islámico de la Shura (La concertación), hoy marginado y en su momento animado por Hassan Ghodbane, que se ha pronunciado durante largo tiempo a favor del Baath iraquí, durante la guerra del Golfo.
- La Vanguardia Islámica, predicando una acción clandestina y violenta.
- Por último, el Partido de la Liberación Islámica, partido de pequeños funcionarios y de militares.

El MTI ha sido el mejor organizado y el más poderoso. En la primavera del año 1981, el MTI, aprovechando la política de democratización emprendida por el poder, reclama su reconocimiento, como partido político. En efecto, el día 31 de mayo de 1981, un comité de 25 personas se reúne en Túnez y decide la creación del MTI. Algunos días más tarde, el comité ejecutivo del movimiento anuncia oficialmente, durante una conferencia de prensa, esta decisión y pública una plataforma política. El día 18 de julio de 1981, el Gobierno reacciona y detiene a la dirección del movimiento y a unos 60 dirigentes y militantes.

Después de una campaña de denuncia y de denigración, las autoridades comienzan por liberar al más moderado, también el más anciano y que, además, estaba enfermo, Abdelfattah Muru. El día 3 de agosto de 1984, son liberados los líderes islamista y en noviembre de 1985,

el primer ministro, M'Zali, anuncia en un discurso en el Parlamento su intención de presentar un proyecto de ley sobre los partidos políticos, que habría permitido extender el multipartidismo al MTI. Puede que en ese momento su estrella empezara a declinar.

Ghannuchi denuncia al poder, que rechaza conceder al MTI su autorización como partido político y, además mantiene el poder sobre las mezquitas que son «instituciones populares.» En el mes de marzo de 1987, a raíz de nuevos incidentes en la universidad, Ghannuchi y los principales dirigentes del movimiento son detenidos. El MTI, en un comunicado de 22 de abril de 1987, afirma que continuará cumpliendo su misión, a pesar de las provocaciones para empujarlo a la violencia.

El año 1987 vendrá marcado por una serie de violentos incidentes, que van a determinar el enfrentamiento frontal entre el movimiento islamista tunecino, principalmente el MTI, y el poder político y que terminará con la destitución de Habib Burguiba y el cambio en el equipo dirigente. A partir de ese momento, va a iniciarse una nueva etapa, al mismo tiempo, en las relaciones del poder con el movimiento islamista y en el mismo MTI. En efecto, si en un primer momento, el nuevo poder parece que va a continuar con la política represiva de su predecesor, no es menos cierto que el nuevo equipo dirigente adoptará una política radicalmente innovadora. Así el día 5 de diciembre de 1987, y más tarde el día 20 de marzo y el 16 de septiembre de 1988, el nuevo presidente va a amnistiar a centenares de militantes y de dirigentes del MTI, entre ellos a Ghannuchi, en mayo de 1988, con ocasión de la fiesta de cierre del Ramadán.

El día 3 de mayo de 1988, se adopta una ley estableciendo el multipartidismo, pero en su artículo 3 estipula que:

«Ningún partido tiene derecho a referirse en sus principios, sus objetivos, su acción o su programa, ni a la religión, ni a la lengua, ni a una raza, ni a una región.»

Esta disposición pone al MTI ante un dilema: bien acepta participar en el juego político, renunciando a lo que constituye su identidad islamista, o aparecer como un movimiento oportunista que no acepta la democracia más que por táctica, o bien él rechaza todo compromiso y se expone a la marginación política e institucional y será condenado a la clandestinidad y a las formas violentas y terroristas de la acción política.

El día 19 de febrero de 1989, el MTI presenta ante las autoridades una demanda para constituirse en partido político: se convierte en el Partido de la Renovación (*Al-Nahdha*), prepara su primer congreso y, a la espera de una contestación de las autoridades, decide participar, de una manera o de otra, en las elecciones legislativas previstas para el día 2 de abril de 1989. Las elecciones serán un éxito para los islamistas, camuflados en las listas de los independientes, pero le servirán de poco. Es más, el poder toma buena cuenta, de que se ha convertido en el primer «partido» de la oposición, por delante de lo que se ha dado en llamar «oposición laica.» En el mes de septiembre de este año 1989, tanto Libia como Argelia, ponen al régimen tunecino en guardia contra una legalización de *Al-Nahdha*. No deja de ser una ironía que el presidente Chadli, de Argelia, ponga en guardia al presidente Ben Alí y, en noviembre de este mismo año, él legalice al FIS. El año ha sido un continuo enfrentamiento entre el partido islamista y el poder. Huelgas, manifestaciones, enfrentamientos, detenciones marcan el final de este año. A Ghannuchi, que ya está en el exilio, se le niega la renovación del pasaporte en el Consulado tunecino en París, seña-

lándole que el trámite debe hacerlo en Túnez, viaje que no hace. Por otra parte no desaprovecha la ocasión para atacar al régimen tunecino, del que dice que es una «democracia de fachada».

En el año 1990 se autoriza al movimiento islamista a publicar un semanario —*Al-Fajr*— que tendrá un año de vida, pero con varios secuestros, como el del mes de junio, por haber celebrado la victoria del FIS en las elecciones municipales en Argelia. En agosto, Ghannuchi, a la sazón en Egipto, lanza un llamamiento a la *yihad* contra las fuerzas de ocupación occidentales en el Golfo y ataca violentamente a Egipto. Con anterioridad —en agosto— el imam de la Zituna publica una *fatwa* muy violenta contra la monarquía saudí:

«Después de haber utilizado las riquezas de los musulmanes en su provecho, en el de su entorno y en el de sus señores, los cruzados, el hijo de Saud invita a los infieles a verter la sangre de los musulmanes, a molestar a sus mujeres y a robar sus riquezas...»

El rey Fahd, habiendo deshonrado la Tierra Santa, al invitar al Ejército americano, es en adelante un apóstata.

El año transcurre sin que *Al-Nahdha* sea legalizado. Ghannuchi a finales del mes de septiembre es recibido por el viceprimer ministro iraquí, Taha Yassin Ramadan en Bagdad, circunstancia que aprovecha para declarar que:

«Expulsar a los invasores americanos y a sus aliados y salvar la santa *Ka'aba* y la tumba del noble Profeta de las basuras de los enemigos de los árabes y del islam, es el deber de todo árabe y de todo musulmán.»

Durante la crisis del Golfo se producen una serie de atentados contra establecimientos públicos e instalaciones del partido gobernante, que son atribuidos a miembros de partido islamista. Por este motivo, en el mes de marzo de 1991, Abdelfattah Muru, compañero de Ghannuchi de la primera hora, condena estas operaciones, abandona el comité ejecutivo y se separa del movimiento islamista:

«Consideramos que tales actos son irresponsables y es extraño que hayan sido cometidos por hombres que pertenecen a nuestro movimiento, cuando están en contradicción con nuestras opciones políticas.»

En el mes de abril de 1996, Ghannuchi, en el periódico alemán *Die Zeit*, se pronunciaba claramente sobre el tema de la violencia:

«... el islam llama a todas las puertas. Progresamos por medios pacíficos por todas partes donde sea posible. Pero si las puertas se le cierran, busca abrirlas, en ocasiones, por medio de la presión del pueblo y en otras ocasiones, haciendo uso de la violencia.» Ya en 1992, decía que «la violencia no entra en nuestra estrategia; nuestro movimiento no tiene brazo armado». Pero añadía que «el terreno estaba preparado para su desarrollo (de la violencia) y sin aprobarla, comprendemos sus causas.»

*Al-Nahdha* no ha sido nunca autorizado por el poder tunecino para convertirse en un partido político. Además, si Ben Alí tuviera alguna duda, el ejemplo argelino ha actuado en contra del MTI. Las detenciones han desmantelado las estructuras del movimiento, sus organizaciones en el seno de la sociedad han sido suprimidas o recuperadas por el Estado: asociaciones caritativas, dispensarios, hospitales, obras culturales y sociales, organizaciones estudiantiles, etc.:

«No queda nada o casi nada. Ahora son los representantes del Estado los que hacen el trabajo que antes hacían los militantes. Y el Estado controla todas las instituciones islámicas, desde la escuela a la mezquita.»

El islamismo tunecino presenta una especificidad que es la de haber sobrepasado fácilmente la separación tradicional entre suníes y shiíes, en el seno de la comunidad musulmana. A pesar de la rivalidad ancestral entre las dos ramas del islam, Ghannouchi es posiblemente el único dirigente islamista, que mantiene unas relaciones cordiales y continuadas con la República Islámica de Irán, y con toda la corriente shií en el mundo. Esta influencia se ha puesto de manifiesto durante algunos de sus desplazamientos por el extranjero y ello debido a su discurso modernista, su llamamiento a una «revolución cultural» en el seno del mundo islámico, su rechazo de Occidente, pero también su deseo de tomar como modelo algunos valores occidentales, su voluntad anunciada de crear un islam que tenga en cuenta las especificidades de Europa y del nuevo mundo, su carisma personal y por último la atracción y la fascinación que ejerce sobre los musulmanes y, especialmente, sobre una juventud desamparada. Desde su exilio en Londres, dispone, gracias a los tunecinos que viven en Europa, de verdaderos propagandistas de su pensamiento. Contrariamente a lo que se pueda suponer, estos divulgadores de su pensamiento no son solamente obreros, sino también estudiantes del tercer ciclo, jóvenes científicos que se sienten realizados, participando en un proyecto de civilización.

El MTI ha sido el único movimiento islamista en el Magreb que ha tenido una verdadera estructura orgánica y un programa político más o menos elaborado. Las opciones fundamentales del MTI en lo que se refiere a las concepciones religiosas son las siguientes:

#### *Concepción del islam*

El islam se concibe como una revolución liberadora total. Liberación del *tâghût* (nombre dado a los déspotas o a los objetos adorados en el lugar de Dios, tales como el deseo, las leyendas, la explotación, el despotismo).

Llamamiento al *tawhid* (La unidad como concepto fundamental del islam opuesto a la Trinidad cristiana). Significa la unidad del *din* religión, y de la *Dawla* el Estado, de la organización de la vida privada y de la vida pública.

#### LLAMAMIENTO AL ISLAM DA'WA

*Da'wa* (apoyar la verdad, la justicia y el bien y perseguir la injusticia, la impiedad y el mal).

Lucha contra la delincuencia moral, la occidentalización material y cultural. Lucha contra la injusticia social, el despotismo político y la fidelidad a las pasiones e intereses distintos de Dios. Lucha contra las fuerzas «satánicas» internacionales, tales como el «imperialismo americano», el «judaísmo internacional», el «sionismo», etc.

#### MÉTODOS DE PREDICACIÓN

Dos fases:

1. Edificación de la sociedad islámica o su reforma: trabajo para despertar la conciencia, referencias al Profeta durante el periodo de La Meca (predicar la verdad para invalidar

las creencias erróneas, las injusticias sociales, la corrupción de las costumbres, el despotismo político que se vincula a la sociedad del periodo anterior al islam (*jahiliyya*).

Establecimiento de la sociedad y del Estado islámicos que deben aplicar el Juicio de Dios (*Hukm, Hakimiyya*).

#### YIHAD

Significado: hacer un esfuerzo para hacer triunfar el islam. La *yihad* cambia de naturaleza según la fase que atraviesa la predicación islámica:

- Fase de edificación: la *yihad* es el conjunto de acciones pacíficas de alerta, realizadas por los predicadores.
- Si los predicadores se enfrentan a fuerzas *tâghûticas*, es su deber eliminar estas fuerzas despóticas, incluso utilizando la fuerza; la *yihad* significa, pues, aquí revolución contra el despotismo. Pero el MTI proclama siempre su rechazo de la violencia.

El análisis de los documentos del MTI permite deducir los puntos siguientes:

- Lo que justifica la acción islamista y la «inevitabilidad» del nacimiento del MTI, es la alienación actual y la decadencia del mundo islámico, en beneficio del Occidente «colonialista» y el abandono del islam, que constituye el «eje de nuestra personalidad cultural y el nervio de nuestra conciencia colectiva.»

#### ISLAM

Unicidad de la Revelación. Fuerza, rectitud de la *sharia*.

#### JAHILIYYA

Pluralidad de ídolos perteneciendo al mundo. Desorden, corrupción, ignorancia de *taghût*.

El Túnez actual se caracteriza por la crisis socioeconómica (bloqueo del proceso de desarrollo), política (régimen monolítico, PSD):

«Que no ha dejado de extender su poder total sobre los poderes, las instituciones y las organizaciones de masas...», moral y cultural; esto hace necesario la acción islamista con la finalidad de «devolver su plena consideración intelectual y práctica al islam, así como a la mezquita.»

El MTI no pretende de ninguna manera ser el portavoz oficial del islam en Túnez, pero se propone:

«Adoptar una concepción del islam de tal manera global, hasta el punto de representar el fundamento ideológico del que él saque las diferentes visiones, las diferentes opciones políticas, económicas y culturales que determinen la identidad de este movimiento...»

Estas visiones permiten definir los objetivos siguientes: resucitar la personalidad islámica de Túnez; renovar el pensamiento islámico a la luz de los principios fundamentales del islam y de las exigencias de la modernidad; instaurar la justicia social y económica, aquí se observa una mezcla de «liberalismo» económico (el interés personal, la propiedad...) y de «socialismo» (interés comunitario y recuperación de la divisa marxista: «a cada uno



según su esfuerzo y a cada uno según sus necesidades); los medios para alcanzar estos objetivos son de dos clases:

- a) La acción cultural y cultural: animar la mezquita y hacer de ella un centro de movilización popular; organizar conferencias-debates, participar en la edición de obras, revistas, impulsar la literatura, el arte y la información sobre el islam, etc.
- b) La acción sindical y política: aquí el MTI anuncia claramente su rechazo a la violencia y al monolitismo político y quiere fundar su acción política sobre la «lucha intelectual, cultural y socio-política». Afirma igualmente una opción «populista»: «alineamiento del lado de las masas desheredadas, tanto si son obreras o campesinas» y se inclina por «la autonomía sindical.»

Por último, el «gobierno islámico» del que considera que pone en evidencia «la imagen contemporánea», constituye un deseo abstracto; el MTI no precisa cual será su forma precisa y la cuestión permanece planteada para saber, si su aceptación del pluralismo político y de la democracia es una simple táctica y un juego político, que tiene en cuenta la actual relación de fuerzas o, por el contrario, si es el signo real de un profundo cambio.

No obstante, el MTI afirma: «nuestra concepción del gobierno islámico no es teocrático, sino consultivo (practicando la *shura*) y se lo presentaremos al pueblo, será este último quien escoja, al abrigo de toda presión...» (conferencia de prensa). Para los dirigentes del MTI, el Estado y el poder islámicos sacan su legitimidad, a la vez, de la «relación con Dios» y con su ley y de la persuasión del pueblo, pero no dicen apenas, cual será la elección en materia de instituciones políticas, administrativas, judiciales, etc., sus textos se quedan en las declaraciones de los principios generales.

El periódico *The Presse*, del día 10 de octubre de 1987, publicó la estructura interna del MTI, en los siguientes términos:

#### CONSEJO NACIONAL

Órgano supremo, con reuniones cada tres años. Incluye al emir (o presidente), el *Majlis-Es-Shura* y el comité ejecutivo central.

#### MAJLIS-ES-SHURA

Órgano legislativo. Se reúne cada tres meses.

#### COMITÉ EJECUTIVO CENTRAL

Incluye nueve comités:

- Acción política (Hamadi Habali).
- Seguimiento y adiestramiento (Med Chaman).
- Propaganda (Ziad Dulatti).
- Organización y administración (Med Trabelsi y Alí Zruri).
- Acción cultural (Jamal y Aui).
- Acción sindical (Mohamed Kaloui).
- Sectores social, financiero y de la mujer (Mohamed Akrut).
- Educación (Mohamed Um).
- Prioridades (Alí Laaridh).

## A'AMEL

El *A'Amel* es nombrado por el emir nacional, junto con el comité ejecutivo central. Comités ejecutivos regionales. *Majlis-Es-Shura* regionales. Distritos (jefes de distrito). Círculos (clubes) (*khalaiia*).

## UNIVERSIDAD-ESCUELAS SECUNDARIAS

El territorio nacional se dividió en 14 regiones:

1. Túnez, a su vez dividido en cuatro subregiones: Norte, Oeste, Ciudad, Sur más Zaghuan.
2. Bizerta.
3. Nabeul.
4. Beja-Jenduba.
5. Kef-Siliana.
6. Sahel (Sussa, Monastir y Tozeur).
11. Gabes-Kebili.
12. Medenine-Tatauine.
13. Una región dotada con estructura universitaria.
14. Escuelas secundarias.

La estructura corresponde a un movimiento en expansión y se encuentra en ella los fundamentos de las asociaciones comunistas, con las organizaciones de base, que son los círculos de iniciación religiosa. A señalar que los miembros de una célula, por regla general, no conocían a los miembros de las otras y, en los primeros congresos había militantes, que asistían encapuchados para preservar su identidad. La estructura presenta un diseño de tipo gubernamental, con un ejecutivo y un legislativo. Este último desaparecerá con el tiempo y el ejecutivo, encarnado por Gharinuchi, tomará cada vez más importancia, hasta el punto de que el nuevo militante deberá, en primer lugar, prestar juramento de fidelidad al jefe.

En el mes de agosto de 1995, en el congreso extraordinario de Bonn, se adoptó una nueva estructura, más acorde con el momento que vivía el movimiento, con la situación, en el exilio, de sus dirigentes y con una base desconocida de militantes sobre el territorio nacional. Al parecer, bajo la presidencia de Ghannuchi, asistido por un órgano de apoyo, el movimiento contaba con un órgano legislativo, de composición reducida, en el que estaban representados los dirigentes, por los principales países de acogida. Completaban la estructura unos organismos encargados de la propaganda, las finanzas y la seguridad.

## *El Partido de la Liberación Islámica (PLI)*

El PLI fue fundado en Jordania, en el año 1952, por su principal teórico, el *sheik* Tafi Eddine Nabhani, un juez palestino, nacido en Ijzim, cerca de Haifa, discípulo del *muffi* de Jerusalén, Hajamin al-Hussayni. El PLI nació como reacción al fracaso de los Ejércitos árabes ante los israelíes, en el año 1948, por una parte, y el asesinato de Hassan al-Banna, en 1949, por otra parte:

«Contrariamente a la Asociación de los Hermanos Musulmanes, señala G. Kepel, que se esforzaba en predicar a las masas musulmanas para islamizar la sociedad, el

partido de Nabhani considera que es preciso, en primer lugar, apoderarse del poder político por medio de un golpe de fuerza y posteriormente practicar por lo alto, una acción islamizadora.»

Creía y abogaba por el restablecimiento del califato, abolido por Kemal Atatürk. Como Yassine y Ghannuchi, Nabhani reprochaba a los reformistas del siglo XIX, por haber atacado el dogma, para hacer que el islam se sometiera a las reglas de la sociedad moderna, en lugar de forzar a la sociedad moderna para que se ajustara a las reglas del islam.

La estrategia de Nabhani, expuesta en tres trabajos, comprendía tres fases principales de actuación para el partido, al que consideraba el instrumento privilegiado para llevarlas a cabo. Las fases, cuya cronología estaba inspirada por las acciones del Profeta eran:

- a) Una fase de preparación y un estudio destinado a formular la cultura del mismo partido.
- b) Una fase de interacción con la sociedad, que gradualmente sería ganada por los principios del partido. Ésta es la fase en la que el partido «siente» que va progresando.
- c) Una fase de total conquista del poder, una vez que la resistencia de la sociedad civil ha sido suprimida.

El trabajo del *sheik* Nabhani está recogido, principalmente en: *El Estado islámico* y en la trilogía, *Organización (social, política y económica) del islam*, en los que postula por unas soluciones «técnicas», tan detalladas como autoritarias. Ellos alentaban a los activistas inseguros y les permitían una economía de reflexión, por cuanto el lanzamiento del programa político no necesitaba más que el análisis del *sheik* fundador y nada, o muy poco, sobre la realidad del país donde se iba a aplicar.

A pesar de las tentativas, desde el año 1970 hasta hoy, para constituir unos núcleos en Egipto, Argelia, Marruecos, Túnez y Jordania (1969-1970: dos tentativas de golpe de Estado en Jordania seguidos de represión) el PLI se encuentra reducido al estado de una secta conspiradora muy cerrada.

Desde el año 1982 hasta 1988, los miembros del PLI, en Túnez fueron objeto de una serie de juicios y sentencias. Algunos de los militantes fueron reclutados dentro del Ejército, y este hecho constituyó un factor desconocido en la ecuación islamista. Uno de los últimos juicios se celebró en el año 1985, año en el que se habían producido varias detenciones de militantes del PLI, también en Egipto y Libia. 34 miembros de la rama tunecina del PLI, de los que 19 eran soldados, fueron sentenciados en marzo y agosto de 1985, fluctuando las sentencias entre dos y ocho años (dos años, por término medio, para los civiles y ocho años, por término medio, para los militares). La acusación fue la de «ser miembros de una asociación ilegal con carácter político.» El principal acusado fue un profesor de Educación Física, llamado Mohamed Jerbi, quien fue acusado de haber pertenecido al PLI, durante los años setenta y de haber estado a cargo de su rama tunecina.

Compuesto, en su mayor parte de funcionarios de los niveles más bajos, quienes no estaban muy inclinados a las reflexiones filosóficas, el PLI gozaba de una fuerza tranquila en Túnez y de una certeza ideológica: «Somos el único movimiento islamista, hoy, que tiene una completa alternativa», proclamaba un activista, esperando por su apelación de sentencia. Después de un periodo de relativa calma, el interés del Gobierno por el PLI

aumentó y durante los años 1990 y 1991, las medidas represivas dirigidas contra él, fueron similares a las utilizadas contra *Al-Nahdha*.

Sus dirigentes están instalados en Alemania, desde donde publican unos folletos firmados, en ocasiones, como *Hizbollah* internacional. Su máximo dirigente es en la actualidad Abdal al-Quadim Zallum.

### *La Yihad Islámica*

La tentación radical también ganó a un pequeño grupo de miembros del MTI, que se separaron del movimiento y se organizaron en lo que se llamó la *Yihad Islámica*, y a los que la prensa tunecina empezó a referirse en el año 1986, como la «Banda de Sfax». Habiendo optado por la radicalización de la acción islámica después de la amnistía de 1984 y la confirmación por el MTI, en el congreso de noviembre de 1984, de la opción legal, el grupo llevó a cabo varios ataques de poca entidad, incluyendo asaltos sobre una oficina de correos y una comisaría, donde murió un policía. Varios miembros del grupo fueron detenidos durante el verano del año 1986, juzgados, condenados a muerte y ejecutados a finales de agosto, después de que el presidente Burguiba rechazara sus apelaciones de clemencia. Incluían a Kilami Uachachi, teniente del Ejército; Habib Dhauí, un predicador, conocido en la región de Sfax, y A. Jazreq, un activista, que había sido miembro del MTI y había trabajado en la revista *Al-Maarifa*, antes de escaparse a Arabia Saudí, desde donde fue extraditado.

Para Salah Karkar, sucesor de Ghannuchi al frente del MTI, desde el mes de marzo hasta noviembre de 1987, «ni Dahui, ni Lazreq fueron miembros activos del MTI. No tuvieron responsabilidades y nunca fueron miembros nacionales, ni tampoco regionales. Como en todas partes en el mundo, había gente que no era feliz estando en minoría. Ellos se marcharon de la mayoría. Abandonaron». Fueron miembros del mismo grupo quienes —evocando la venganza por la ejecución de Dhauí, casi un año antes— reivindicaron la responsabilidad por la más violenta acción en la historia del MTI, colocando bombas caseras, el domingo 2 de agosto de 1987, en cuatro hoteles de Sussa y Monastir, la región en la que había nacido Burguiba. Aunque la responsabilidad por las bombas fue explícitamente reivindicada por la *Yihad Islámica*, por dos veces, especialmente en una carta dirigida al periódico *Liberation* y firmada por la *Yihad Islámica*, los ataques, que hirieron a diez personas —a uno de los cuales hubo que amputarle un pie— fueron utilizados para justificar la intensificación de la represión contra el MTI. Menos de diez días después y durante una investigación de la policía, particularmente violenta, fue detenido uno de los miembros del grupo, Mehrez Budegga. Juzgado y sentenciado a muerte, fue ejecutado el 8 de octubre de 1987, al mismo tiempo que Bulbaba Dekhil, agredido con ácido de un miembro del PSD, que lo había denunciado en varias ocasiones. Budegga pagó con su muerte su trabajo de artificiero, mientras que los ejecutores del atentado quedaron en libertad. En el año 1991, su presencia fue todavía señalada y de forma regular continuaban enviando comunicados a la prensa. A este grupo se le acusó de haber mantenido relaciones con Irán, Afganistán y Libia.

### *La conexión iraní*

Algunos miembros del MTI estuvieron implicados en acciones que indudablemente estuvieron ordenadas por Teherán, aunque no exista prueba formal. Tal es el caso de Fuad

Alí Saleh, detenido por la policía francesa e implicado en la colocación de bombas en París, en septiembre de 1986. Fuad pasó algún tiempo en el movimiento «Grupo Islámico».

Los responsables del MTI trataron de minimizar el efecto de esta molesta conexión, subrayando que Fuad «frecuentaba las reuniones islamistas, pero nunca ejerció responsabilidades». Fuad había nacido en París el 10 de mayo de 1958 y pasó su niñez en Túnez, donde su familia se había establecido, después de haber pasado seis años en Francia. En el año 1982, Fuad dejó Túnez, marchándose a Irán, donde pasó varios meses, antes de marcharse a París. Es posible que durante este periodo estableciera contactos con el iraní Vahid Gorgi y el francolibanés Mohamed Mohajer. En el año 1983 se le concedió una beca para estudiar en la Universidad de Qoms y se marchó a Irán, donde siguió un programa de instrucción religiosa. Pero la estancia en Irán, por las razones que fuera, terminó con su detención durante varias semanas y su devolución a París, donde unos meses más tarde, en compañía de unos de sus amigos, Mohamed Araua, también tunecino y propietario de un restaurante, fue detenido, mientras transportaba explosivos.

### *Tendencia Islámica Progresista*

En el extremo opuesto de la rama radical, el debate interno del movimiento islamista durante un periodo de cuatro años, llevó, después de la dimisión de varios miembros de la cúpula dirigente, a la cristalización de los que se dio en llamar Tendencia Islámica Progresista.

Empezaron a manifestarse a partir del año 1982 en una revista titulada *15/21*, en referencia a los calendarios de la hégira y gregoriano. El mismo Enneifer define el sentido profundo del título:

«[...] Se ha pensado en varios títulos, la renovación, la reforma, el cambio, pero todos estos títulos no nos parecían corresponder al fondo de nuestro proyecto [...] que es preguntarse cómo se puede ser a la vez musulmán y vivir en esta época [...] cómo ser musulmán hoy. Quince es la cifra que representa el islam actual, porque estamos en el siglo xv de la hégira [...] es el principio de la comunidad islámica. Veintiuno evoca el hecho de que vivimos ya el final del siglo xx [...] que el veintiuno está ya ahí [...] así como los problemas que se plantearán a la comunidad mundial de este siglo...»

La revista demostraba las ambiciones de sus organizadores para la reforma, especialmente Ahmida Enneifer y Salah Eddine al-Jurchi. El objetivo era «reconciliar dos épocas», «preguntarse a uno mismo, en expresión de Enneifer, de que manera se puede ser musulmán y vivir en el siglo xx».

Los miembros fundadores de la Tendencia Islámica Progresista, Ahmida Enneifer y Salah Eddine al-Jurchi, fueron sucesivamente editores-jefes de la revista *Al-Maarifa*, antes de separarse ellos mismos, con un intervalo de un año, de Ghannuchi y de Abdelfattah Muru. Enneifer es el descendiente de una prestigiosa familia de *ulemas* de la Zituna y la respetabilidad de su nombre constituyó siempre una garantía. Jurchi, por su parte, era de familia más modesta y maniobraba para imponerse por su calidad intelectual. Ambos desempeñaron el papel de intermediarios con el núcleo duro del MTI, donde Jurchi había mantenido un cierto prestigio. El itinerario político de Enneifer, por contraste, se aceleró a

finales del año 1990, cuando prefirió dejar la oposición islamista y aceptó un puesto, como consejero del ministro de Cultura, Mohamed Charfi. Mucho antes de tomar esta decisión, tanto Enneifer como Jurchi, habían entrado en conflicto con Ghanruichi, por el aumento de su autoridad y la relativa rigidez de sus posiciones doctrinales.

Mientras que Enneifer dejó la corriente, especialmente por miedo a sufrir las consecuencias de su radicalización, más que por sus divergencias ideológicas, la salida de Jurchi, y progresivamente de varios intelectuales del grupo, incluyendo a Abdelaziz Temimi y Kamel Yunes, que fundarían un efímero partido de independientes, confirmaba que un cierto malestar se había instalado en la corriente «madre» y que un proceso de diversificación estaba en marcha. Varios documentos, que confirman los informes de Jurchi y Enneifer, y no niega Ghannuchi, dan idea de la profundidad de las diferencias que se estaban desarrollando y que darían origen a la Tendencia Islámica Progresista, con un carácter específico a partir del año 1982.

La izquierda islámica fue, poco a poco, alejándose del resto del movimiento, rechazando en constituirse en una alternativa de gobierno y poniendo el acento en la renovación de la doctrina de la corriente. Esta posición era la más natural, dado que la izquierda islámica en Túnez, como en otros países islámicos, nunca llegó a movilizar una base que pudiera competir con el MTI, pero llegó a contribuir, más que el resto del movimiento, en la definición de los ejes de la evolución, consiguiendo un impacto que sobrepasa a sus limitados miembros.

En el plano doctrinal, uno de los teóricos que más influyó en los «progresistas» tunecinos fue sin duda el egipcio Hassan Hanafi, quien en sus escritos trató de reconciliar sus dos «legitimidades»: la revolución y la revelación. Para Hanafi, el movimiento de la izquierda islámica es la única esperanza de rellenar el vacío existente entre laicismo y fundamentalismo. Para los nuevos progresistas de la escena tunecina, la solución no estaba ni en la confrontación con las autoridades, ni tampoco en la participación en el juego democrático:

«No deseábamos organizar un partido político, afirmaba Jurchi, porque no pretendíamos participar activamente en política. Pensábamos que en primer lugar sería necesario reconstruir la sociedad civil. El problema del MTI es que entró en política sin tener una verdadera base doctrinal. Y esto se vio claro, cuando se trató el problema del Código del Estatuto Personal, al que el MTI se declaró opuesto, pero sin tener una base ideológica que le permitiera justificar y defender su posición.»

Otro problema que se plantearon los «progresistas» fue el de la determinación de la primacía entre el Estado y la Sociedad, por cuanto en Túnez, Bourguiba actuaba como si, él mismo, hubiera creado «su sociedad». Y en sus discursos, cuando hablaba de las reformas que había introducido, las presentaba como si fueran regalos, por los que la sociedad estaba en deuda con él. Para los «progresistas» los cambios impuestos desde arriba son temporales, circunstanciales y no tienen una continuidad histórica. Los cambios históricos son aquellos, en opinión de los «progresistas», que resultan de una elección, de una convicción de la sociedad.

Hay otro punto que distinguía a los «progresistas», del MTI y era, la continuidad del tiempo histórico. Hay cosas que se habían adquirido antes del nacimiento de los movimientos

islámicos y que no se podían ignorar, ni rechazar. Para el MTI es como si el tiempo hubiera caído «adormecido» y las cosas que se alcanzaron en ese periodo, se ignoraran. En este caso está el Código del Estatuto Personal, la cuestión del cambio de religión, la poligamia, etc.

Hay un documento en el que se recoge la visión de conjunto y los objetivos de los islamistas progresistas tunecinos y cuyo título es ya de por sí revelador: «A propósito de la visión del porvenir.» Este documento constituye una ruptura con la visión idealista, muy querida al islamismo radical, de una sociedad islámica, de contornos imprecisos y de un modelo imposible de encontrar. Para la Tendencia Islámica Progresista, el objetivo continúa siendo el combate, intelectual y político, para la realización de esta sociedad islámica, que posee tres características: estar fundada sobre la *sharia*; sobre el humanismo: el hombre debe estar en el centro de su vida; sobre los intereses colectivos de la mayoría, que deberían guiar la política islámica.

El texto hace una crítica del pensamiento político islámico; ausencia y ambigüedad de una concepción moderna del Estado; inconsistencia de una teoría económica islámica, etc.

El texto trata de desarrollar un análisis del Estado moderno, que toma de hecho de las teorías existentes, obscureciéndolas mucho más: rechazo del «carácter de clase», de la «máquina del Estado», de los países del Tercer Mundo actuales; el «Estado de los ricos» es estigmatizado y opuesto a una ola de «Estado de los desheredados»; a guisa de «teoría económica islámica», los autores no ofrecen más que formulaciones vagas, tales como «la forma de propiedad colectiva» como la base de la economía islámica: opción socializante que se opone a la óptica dominante en el islamismo radical sobre el tema y que resulta del rechazo de la economía capitalista y de las experiencias de desarrollo en el Tercer Mundo. El texto clarifica la posición de la Tendencia frente al marxismo: se declaran no marxistas, pero tampoco antimarxistas y declaran incluso adoptar el enfoque de la lucha de clases, «no como una idea, sino como el único instrumento de análisis de las sociedades del Tercer Mundo, lo que no es una negación de las representaciones islámicas».

El documento constituye una visión radicalmente nueva, que tiende a romper con el discurso dominante del islamismo, reinterpretando el islam y fundándose en las ideologías modernas, sobre todo en el marxismo, para fundar una ideología de contestación social y política. La renovación se manifiesta todavía más en el último capítulo, donde se trata de la familia, de la enseñanza y de la información: llamamiento al reequilibrado de la estructura familiar, a la promoción de la condición de la mujer y a su liberación y a la emancipación de los hijos.

### *Frente Islámico de Salvación (FIS)*

El periódico saudí *Al Hayat*, de 3 de agosto de 1994, ha anunciado la creación en Túnez, de un Frente Islámico de Salvación, dirigido por Mohamed Alí El Horani. Este nuevo movimiento islamista, que preconiza la lucha armada, difunde, desde Viena, una publicación titulada *El Rajaa* (La oración). En sus artículos, esta revista critica a *Al-Nahdha* y especialmente a su jefe Rachid Ghannouchi que rechaza la violencia, pero habla en términos muy elogiosos de Salah Karkar, residente en Francia. Túnez había sido ya el escenario de una serie de atentados, en los años ochenta, que habían estado dirigidos contra establecimientos turísticos. Los extremistas musulmanes estaban entonces dirigidos por Habib Dauí, que fue ejecutado y del que el FIS se considera el heredero.

En este Frente podían haberse enrolado los tunecinos afganos, después de su salida de Afganistán y posiblemente previa escala en Bosnia. Dada la situación en Túnez y la política represiva del Gobierno tunecino, no hay que desechar la idea de que los miembros del FIS, que no se consideran muy numerosos, estuvieran diseminados por los países de Europa Occidental, bajo la protección de alguna de las organizaciones islamistas, que se han ido creando, al amparo de la emigración magrebí y aprovechando la legislación permisiva de los países de acogida.

## **Anexo**

### *Rachid Ghannuchi*

Rachid Ghannuchi nació en el año 1941, en el pueblo de Hamra, a 30 kilómetros al oeste de Gabes, un oasis en el extremo sur del país, en una familia de 10 hijos, de los cuales fue el más joven. Después de terminar sus estudios secundarios en Gabes, abandonó esta ciudad por la capital, donde obtuvo un Bachillerato en árabe en 1962. Fue destinado como maestro al pueblo de Ksar Gafsa, en el Sur, donde permaneció durante dos años.

En el año 1964 abandonó Túnez para dirigirse al Cairo, «con la cabeza llena de sueños». Se inscribió en la Facultad de Agronomía, pero la degradación de las relaciones Túnez-Egipto, le forzó a dejar Egipto.

Sin sentir atracción por el mundo comunista, optó por Albania, por la que sentía una cierta simpatía, en razón de «la originalidad de sus insultos contra Occidente», en los programas de radio, que él escuchaba con atención y que, con el tiempo, le llevó a iniciar una correspondencia.

A pesar del apoyo de la Embajada albanesa en el Cairo, cedió al consejo de sus amigos más íntimos, que le sugirieron que se fuera a Siria, donde había una gran comunidad de estudiantes tunecinos. Obtuvo un diploma en Filosofía y Ciencias Sociales, en Damasco en el año 1968 y se unió a la Unión Socialista Árabe. Durante su estancia en Damasco estableció contactos con los Hermanos Musulmanes sirios.

Aprovechó su estancia en Siria para hacer un viaje a Europa, vía Estambul, Sofía y Dusseldorf, donde trabajó dos meses como estibador y almacenero. En Francia, donde trabajó varias semanas como granjero y albañil, tenía esperanzas de preparar un doctorado en Filosofía islámica, en la Sorbona, donde pasó un año. Hizo un viaje a Bélgica y Holanda. Pero circunstancias familiares le obligaron a volver a Túnez.

Enseñó Filosofía en un instituto, en la capital, durante 10 años, y desde su vuelta a Túnez, año 1969, se unió a la «Asociación para la Salvaguardia del Corán». Durante este periodo de tiempo viajó a Arabia Saudí, Sudán —donde se entrevistó con Hassan al-Turabi— y Emiratos del Golfo. Aplicando la técnica de la Hermanos Musulmanes, creó una serie de células en algunos establecimientos universitarios, los «círculos de iniciación religiosa». Multiplica las publicaciones de obras y artículos en el periódico *As-Sabah* y en las nuevas revistas islámicas *Al-Maarifa* (El conocimiento) y *Al-Mujtama'a* (La sociedad). Buen predicador, sus sermones atraían cada vez a más jóvenes.

Se opone a Abdelfattah Muru —imam de la mezquita *Bey Mohammed* y abogado— y en el congreso constitutivo del MTI, en otoño de 1979, las tesis de Ghannuchi salen triunfantes



—ruptura con el régimen— y es elegido guía supremo del movimiento, mientras que Muru será nombrado secretario general.

En el año 1979, se dirige a Irán, al frente de una delegación del MTI, a invitación de los dirigentes khomeinistas y es acogido con los honores de jefe de Estado. Fue a partir de esa fecha que jóvenes militantes del MTI frecuentaron Irán, con gastos pagados, para continuar sus estudios y se organizaron visitas de grupos, varias veces al año.

El día 5 de enero de 1980, fue encarcelado por primera vez y después fue enviado como maestro a la pequeña ciudad de Makhtar. Encarcelado en julio de 1981, será liberado tres años más tarde, haciéndose cargo de la dirección del movimiento. En marzo de 1987 es la vuelta a prisión, donde permanece hasta mayo de 1988, fecha en la que es amnistiado. En el año 1989 consigue una autorización para abandonar el territorio tunecino, y en razón del no reconocimiento de *Al-Nahdha* por las autoridades tunecinas, prefiere residir en el extranjero, antes de correr el riesgo de ser nuevamente encarcelado. Pasará por Argelia, y Sudán antes de conseguir el asilo político en Gran Bretaña. En el año 1990 no se le renovó el pasaporte tunecino y actualmente viaja con un pasaporte sudanés, número 09472, a nombre de Rashed Khreegi. Está casado y tiene seis hijos.

Rachid Ghannuchi, en una entrevista concedida en Londres, en febrero de 1992, dio su versión sobre su transición del nacionalismo secular árabe al islamismo, versión que es muy próxima al proceso «universal», seguido por los modernos intelectuales islamistas.

Todo empezó la noche del 5 de junio de 1966. Durante esa noche:

«Tomé la iniciativa de cambiarme desde el universo del nacionalismo árabe y del nasserismo al del islam. Me di cuenta de que no era musulmán. Esta comprensión me pareció una verdadera catástrofe. Yo había sido educado en un ambiente que era muy religioso. Más tarde, recibí una educación religiosa en la Zituna. Pero esta educación no me ayudó por completo a darle a mi conciencia las raíces del valor del islam y su capacidad para organizar la existencia.»

La victoria de Bourguiba, en su opinión, no fue sobre los ocupantes franceses, sino más bien se trató de una victoria sobre la civilización árabe e islámica de Túnez. Bourguiba llegó como el invasor extranjero y en cuanto tomó el poder, empezó atacar a las instituciones religiosas, que eran la vida de Túnez:

«Mi generación sintió que había sido formada ajena a la realidad tunecina, sujeta a una gran alienación, víctima de una especie de destierro. Constituíamos una base árabe-islámica y el país estaba occidentalizado; la administración, la cultura, la universidad, la educación, las artes y las letras estaban occidentalizándose.»

Para la generación alimentada en la cultura árabe-islámica, que había frecuentado la Zituna y las instituciones tradicionales, el proceso de occidentalización de Túnez fue considerado como una agresión. «Fuimos una generación reprimida. Pero éramos mayoría». Mientras los que asistían a las instituciones dependientes de la Zituna, podían ser hasta 27.000, los que estudiaban en las escuelas secundarias, creadas bajo la ocupación francesa, no llegarían a 5.000. Si el nuevo orden internacional, que Bourguiba representaba en Túnez, sacaba su legitimidad del Oeste, los que rechazaban la violencia de este forzado cambio, se volvieron hacia el Este, hacia las fuentes del pensamiento árabe e islámico. Además, allí en el Este había habido varios cataclismos, y no fue el

menor el golpe de Estado, que más adelante fue conocido como la revolución de Gamal Abdel Nasser. Esta revolución elevó las ideas arabistas, la unidad árabe y la resistencia al orden internacional. Los *zitunianos* tuvieron una especial vocación por ser nasseristas y lo fueron por «naturaleza.» Pero de hecho no se dieron cuenta de que era otra expresión del nacionalismo. Había diferencias en el Magreb y en el Macrek, sobre islam y arabidad. El norte de África entró en contacto con la arabidad y con el islam, al mismo tiempo. Así, la arabidad no tenía otra identidad cultural que la musulmana. Las regiones del Macrek fueron arabizadas antes de ser islamizadas, hasta el punto que, hubo tribus árabes que fueron cristianas y permanecieron así, mientras otras se convirtieron al islam.

En el año 1964, Ghannuchi se fue a Egipto:

«El sueño que alimentaba mi rechazo del burguibismo, la literatura egipcia, las canciones de Um Khaltum, aquéllas de Abdelwahab y de Farid al-Atrach, las emisiones de radio Egipto y los discursos de Nasser, toda esa luminosa imagen se disipó en cuanto llegué al Cairo.»

Los primeros problemas los encuentra Ghannuchi, cuando intenta entrar en la universidad, lo que le costó varios meses, durante los cuales, tanto él, como otros 40 tunecinos que estaban en la misma situación, no escatimaron las protestas y demostraciones. Conviene señalar que el régimen de Bourguiba no quería enviar estudiantes a las universidades del Macrek, por el temor a que volvieran «influenciados» por la «demencia» nasserista o la de los baathistas o la de los arabistas.

Una vez admitido en la Universidad egipcia, Ghannuchi se matriculó en la Facultad de Agricultura. Su contacto con la sociedad egipcia fue escaso y, además, decepcionante:

«Pensaba que encontraría a los egipcios todos movilizados detrás de Nasser y me encontré a un pueblo que estaba más preocupado por su vida privada.»

Los mensajes de los medios no eran más que una fachada, que no correspondía a la realidad de la calle. La estancia de Ghannuchi en Egipto duró poco tiempo y terminó cuando Túnez y Egipto rompieron sus relaciones diplomáticas. Cuando los dos países restablecieron sus relaciones diplomáticas, se dio el caso de que fue la propia Embajada tunecina en Egipto, la que los buscó para decirles que debían abandonar el país, llegando incluso a presionar a la Administración egipcia para que los expulsara de la Universidad y del país. La orden era de volver a Túnez, pero Ghannuchi se marchó a Siria.

En Damasco no hubo problemas para matricularse en la Universidad e incluso llegó a tener una beca. Damasco no era como el Cairo y la integración era más fácil. Había libertad política y cultural y todas las corrientes políticas estaban representadas y había un diálogo, así como un debate político e intelectual. El gran debate del momento enfrentaba a nasseristas y a baathistas y Ghannuchi, que conocía ya a los nasseristas se integró en esa corriente. No había una gran diferencia entre ambas corrientes:

«Esa fue una de las razones para mi posterior metamorfosis, el descubrimiento de que ambas corrientes discutían sobre cosas que eran verdaderamente pequeñas y fútiles.»

Los debates se establecieron a dos niveles: entre nasseristas y baathistas por una parte, pero también entre los miembros de la comunidad tunecina. El grupo tunecino estaba

compuesto por una minoría —burguibista— y la mayoría, que estaba dividida entre baathismo y nasserismo. El lugar de los debates, los locales de la Liga de Estudiantes Tunecinos. No había islamistas y del grupo de 150 estudiantes tunecinos, había a lo sumo «dos que hacían sus oraciones». *En el grupo de tunecinos había claramente definidos dos grupos: los que habían sido enviados por el Ministerio de Educación y recibían una beca importante, que les permitía vivir de forma confortable y, los otros, la mayoría, que a lo sumo tenían una beca de la Universidad siria. Cuando después de la reconciliación, Burguiba hizo su viaje al Mácrek, «fuimos a encontrarle a Beirut y le pedimos becas para los que no la teníamos. Y las conseguimos.» Pero duró poco tiempo porque, en un llamativo discurso hizo un llamamiento para reconocer a Israel y para respetar la partición del año 1948. La opinión pública árabe se rebeló, especialmente en Siria. Hubo disturbios, la Embajada tunecina en Damasco fue incendiada, las relaciones entre los dos países se rompieron y las becas se terminaron.*

Lo importante es que el diálogo fue general. En Damasco estaban representadas todas las tendencias nacionalistas árabes y también los islamistas. En cada tendencia había personalidades, maestros de la Universidad e incluso profesores de la Facultad de la Sharia. Los que más atracción ejercían, como pasa siempre, eran los que no estaban autorizados. El tema de los debates era esencialmente político:

«Debatíamos sobre la actitud a mantener en relación con los diferentes regímenes políticos y sobre la cuestión palestina.»

El discurso de los Hermanos Musulmanes, en ese tiempo, se centraba esencialmente en la condena del nacionalismo árabe, especialmente porque era laico. Le echaban la culpa al laicismo de la pérdida de Palestina, por la corrupción política, la corrupción moral y la económica. Los nasseristas y baathistas atacaban a los Hermanos Musulmanes, acusándolos de ser una corriente reaccionaria ligada al colonialismo, a los americanos.

Por el momento, Arabia Saudí no estaba presente en ese tiempo. No había entrado todavía en la lucha religiosa. Apareció después de la revolución de los hidrocarburos. Su irrupción se produjo a través de la difusión de unos libros religiosos, cuyo contenido se correspondía con su línea de pensamiento. En ese periodo los grandes centros ideológicos islámicos fueron Egipto, Siria y Pakistán.

El PLI en aquel tiempo era minoritario y abogaba por una vuelta a las fuentes de la religión y la instauración del califato. Tenían grandes oradores, pero su base social era muy pequeña. Por aquel tiempo, en los grupos nasseristas se empezó a discutir sobre el contenido árabe del nacionalismo, aún cuando se reconocía que sus formas eran árabes. En los medios de los Hermanos Musulmanes se criticaba abiertamente a la civilización occidental y a los infortunios que causaba en los individuos, así como la degradación de la familia y de las relaciones sociales e internacionales.

Ghannuchi permaneció en Damasco desde enero a junio de 1965 y desde allí salió hacia Europa, visitando Turquía, Bulgaria, Yugoslavia, Austria, Alemania, Francia y Bélgica. Trabajaba para ganar algo de dinero y cambiaba de país. El contacto con la juventud occidental le llevó a la convicción de que, esta juventud se encontraba en una especie de confusión, lo que le ratificó en su idea crítica sobre la civilización occidental. Cuando tuvo lugar la guerra del año 1967 —Ghannuchi estaba en Damasco— los jóvenes baathistas,

nacionalistas y nasseristas consideraban que iban a pasar el verano en las playas de Tel Aviv, con absoluta certeza. Por el contrario, el discurso islamista emitía la certeza opuesta, consideraban que la derrota era inevitable, que no era posible el triunfo para una ideología semejante. Por eso la derrota supuso un apoyo importante para el discurso islamista.

El contacto con el Macrek y con la juventud occidental produjo en Ghannuchi un fuerte impacto, hasta el punto de que un buen día se dio cuenta de que el nacionalismo árabe estaba enfrentado al islam. Reconoció que había estado engañado por su militancia en el arabismo nasserista frente a la islamidad. Ghannuchi había sido miembro de una célula de siete u ocho personas, de la que llegó a ser jefe, y que se reunía en secreto. Un buen día, Ghannuchi suscitó en la célula la cuestión de la relación entre arabidad y religión y el problema llegó hasta el líder del partido, quien envió a algunas personas a discutir con él. No hubo acuerdo y, al final, Ghannuchi decidió continuar en el partido pero con la condición de que, la fe en Dios debería ser considerada como una condición de pertenencia, de militancia en el partido. La célula le contestó:

«Somos un partido que no relaciona religión y política. La religión es para Dios y el país es para cada uno de nosotros.»

Ese fue el momento en el que Ghannuchi se convenció de que se había equivocado. Y empezó a realizar un reaprendizaje en cultura islámica. Para ello recurrió a los libros de Sayyed Qotb, Abu al-Muwduji, Mohamed Iqbal, Malek Bennabi y varios escritos antiguos de al-Ghazali e Ibn Taymiyya. Después de esto, empezó a hacer una serie de recorridos por las escuelas religiosas de Damasco, interesándose por la escuela de los *hadiths*, del Fiqh, de los diferentes grupos islámicos. Había nacido el líder islamista.

## **Bibliografía**

- ABDELBAKI HERMASSI. *Montée et déclin du mouvement islamiste en Tunisie.*  
ABDERRAHIM LAMCHICHI. *Islam et contestation au Maghreb.*  
ANTONIE SFEIR. *Les réseaux d'Allah.*  
BRUNO ETIENNE. *L'Islamisme radical.*  
FRANÇOIS BURGAT. *L'Islamisme en face.*  
GUILAIN DENOEU. *Tunisie: les élections présidentielles et législatives.*  
GRAHAM E. FULLER y JAN O. LESSER. *A sense of siege. The geopolitics of Islam and the West.*  
JEAN BALENCIE y ARNAUD DE LA GRANGE. *Mondes rebelles.* Tomo 2.  
JOAN LACOMBA. *Sociedad y política en el Magreb.*  
JOHN L. ESPOSITO. *The Islamic Threat-Myth or Reality.*  
MARIE-LUCY DUMAS, sous la direction. *Répertoire des partis intégristes musulmans.* Tomo 1.  
NAZIM AYUBI. *El islam político. Teorías, tradición y rupturas.*  
PAUL BALTA. *Le grand Maghreb.*  
PIERRE RONDOT. *Tunisie et Islam.*  
ROBERTO ALIBONI, GEORGE JOFFÉ Y TIM NIBLOCK. *Security Challenges in the Mediterranean Region.*  
WILLIAM DOWELL. *The Islamic Movement in North Africa.*